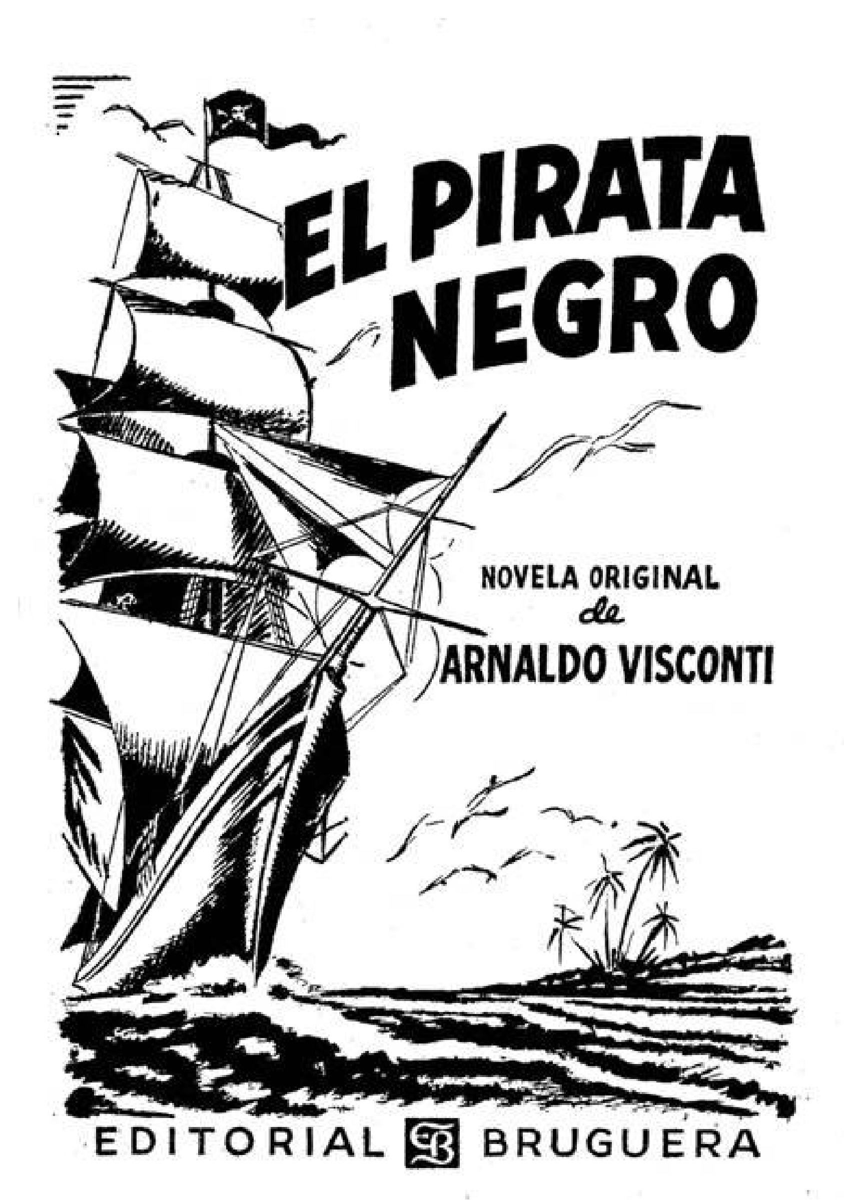
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

LA HIJA DEL VIRREY


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La hija del Virrey

Colección El Pirata Negro n.° 76

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


LA
HIJA
del
VIRREY

CAPÍTULO PRIMERO

Soplos en el rescoldo

—¡Joroba! Nunca me acaloro, querida, pero reconocerás que ahora tengo razón. Además, estoy en pantuflas, y no soy el excelentísimo señor virrey, sino Renato Pereña, un vulgar mortal, a solas con su esposa y si contigo no me contengo, para eso eres mi esposa.

Renato Pereña, marqués de Altear y virrey de Nueva Granada, con sede residencial en la bella ciudad de Latacunga, había sido un brioso militar, noble de cuna y ejecutoria, y siempre justo, aunque severo.

Su esposa, sumisa y obediente, era, no obstante, la fiel consejera siempre a prueba. Parecía acatar pero sabía hacerse oír con suave tacto.

—Renato... Estás ahora reposando. Es tu media hora de sobremesa. Te puede doler la pierna aun no repuesta del último achaque de gota.

—¡Al infierno la gota!

—Renato—dijo, ella, simplemente.

La mera mención del nombre, era muy elocuente según el diapasón. El virrey, aunque en pantuflas, era severo consigo mismo.

—Perdona, querida. Es que... ¡tu hija me desespera!

—Es mi hija, cuando reprochas, y muy tuya, cuando la alabas. Eso no te favorece, Renato, tú que eres imparcial y ecuánime.

—¡No, si al final, como siempre, aún seré yo el culpable! Admiro este talento femenino tan exasperante, de convertir en pecados masculinos las necedades femeninas. ¡Ah, la manzana! ¡Qué bien la hemos deglutido hasta las pepitas, con piel y todo!

La sonrisa de la esposa del virrey, hizo que éste se calmara.

—Anda, llámame niño.

—Todo hombre, cuanto más hombre, más niño es. Un adorable niño gruñón. Eso dice Mireya...

—¡Ahí te quiero, mosquetón! Mucha amistad con la esposa del conde Ferblanc y por eso soplan ventoleras piratas por mi casa.

—Mireya es marquesa de Ferjus. Una gran dama.

—No lo discuto. Lo que trato de haberte comprender es que desde la llegada del conde Ferblanc, con su peligrosa familia, andamos todos trastornados.

—Gracias al conde Ferblanc y su Legión del Mar, toda la Costa Dorada se ve libre de ataques criminales.

—Tampoco discuto eso, querida. Va sé que el hidalgo Lezama, pese a sus melenas leoninas, es gallardo y todas le consideráis, el prototipo de caballero de leyenda.

—Me casé contigo cuando eras un capitancillo jactancioso, gallardo y perdonavidas.

—Pero ¿qué tiene ahora que ver eso con lo que estamos hablando?

—Eres virrey. Y sabes serlo. También el Pirata Negro sabe ser el conde Ferblanc y el coronel Lezama. Tú mismo lo reconoces.

—¡Joroba! ¡Qué mala fe discutiendo! Yo lo que digo... Bueno, ¡ya ni sé lo que estaba diciendo! El caso es que ninguna queja concreta tengo contra el conde Ferblanc. Pero ahí está una evidencia.

Y el virrey asestó un índice erecto hacia el jardín y el parque, visibles desde el amplio ventanal.

Una muchacha vestida de azul claro, con trenzas rubias recogidas en diadema, sentábase junto a una fuente de surtidor cristalino.

—¡Ahí la tienes! ¡Parece la estatua de la amorosa abandonada!

—Juana no tiene amores.

—¡Eso es lo malo! Está enamorada del amor, es una soñadora, una romántica imaginativa. Mírala bien a tu hija. Mustia, ojerosa, lánguida... ¿Desde cuándo? Desde que llegó el conde y su dichosa, familia. Antes ella era algo soñadora, pero comía con buen apetito, y no suspiraba como alma en pena, arrastrando congojas. ¿De qué sufre tu hija? ¿Quieres saberlo?

—Sí.

—¡Sufre de imbecilidad aguda!

—Renato.

—Bueno, perdona.

—Fuiste joven. Yo también. ¿Sufríamos de imbecilidad aguda?

—Es muy distinto ¡joroba! Tú me querías a mí, y yo te quería a ti. Si Juana suspirara por alguien, benditos suspiros. Pero esta mema suspira porque las flores echan color, porque la brisa murmura entre las hojas y ¡suspira hasta para comerse una chuleta!

—Antes no hablabas así. Desde que el conde Ferblanc y su amigo, el caballero Lucientes, están en Latacunga, tu lenguaje ha sufrido modificaciones

—¡Hablé siempre así a solas contigo, diantres! Pero no desvíes el cauce… ¿Sabes cómo se cura tu hija?

—Es la edad.

—Una vara de fresno, o un novio… ¡y pronto! Esos piratas redimidos han sido el soplo que ha encendido el rescoldo que toda doncella alberga en su pecho. Y para colmo ese condenado bandido del pañuelo negro! Todas las doncellas y muchas matronas que vergüenza debería darles, suspiraron primero por el conde Ferblanc y su hijo. Ahora, arrecian en poner blancas pupilas, soñando en el bandido del pañuelo negro. ¡Ah, pero eso va a terminar pronto! No quiero yo en Latacunga bandidos… ¡y si el del pañuelo negro es como todo lo hace suponer, alguien de la familia del Pirata Negro, el escarmiento será ejemplar! No le basta al truhán con marcar a punta de espada su propia justicia, sino que, además, es el diablo soplando en la propicia estopa que es toda cabeza de mujer. ¡Cabezas, de chorlito que…!

—Renato.

—¡Renato, Renato y Renato! ¡Llama a tu hija! Quiero que me oiga. Por suerte, mi hijo está en el litoral. No le gustaría saber que su hermana se comporta como una moza campera con mal de amores indefinidos. ¡He dicho que llames a tu hija! Ha pasado la media hora de sobremesa. ¡Y con o sin pantuflas, soy el que debo dar ejemplo, amonestando a tu hija! Bueno estaría que la hija de un virrey, no supiera comportarse como lo exige su alcurnia.

—¡Juana!—llamó la esposa del virrey, desde el ventanal. Y volviéndose, sonrió: —Ya te has desfogado conmigo, Renato. Nuestra hija es muy sensible. No la asustes.

—Sé muy bien cómo debo tratarla. Hace ya diecinueve años que la conozco… ¡aunque el diablo sabrá cuál es el diablo que logra conocer a una mujer, por más que lleve cien años con ella!

Juana Pereña, espigada, de esbelto talle y busto ebúrneo, entró andando lentamente. Tenía cierta patética expresión absorta.

Pareció despertar al cabo de un instante.

Renato Pereña era inteligente. Sólo se permitía exabruptos en la plena confianza matrimonial.

—Siéntate, querida. Tu madre y yo estamos apenados y queremos que tengas fe en nosotros. ¿Te encuentras enferma?

—No, papá — dijo ella, dócil pero ausente.

—Cesaron tus risas, tus correteos. No hace aun dos días, te sorprendí tendida de bruces en el césped del parque, junto al estanque. Llorabas desconsoladamente, y no me quisiste explicar la razón. Eres ya mayorcita y podemos, por lo tanto, hablar con claridad. ¿Tienes pena de amores?

—No, papá.

—¿Qué te aqueja, pues?

—Desamor—dijo ella, patética.

—¡Diantres!… Explícanos eso, Juana.

—Vacío infinito, ensueños que pueblan mi mente y profunda aflicción, porque temo que nunca conoceré al príncipe azul.

—¿El príncipe azul, eh?—rezongó el virrey, congestionado.

—Renato—intervino prudentemente la madre.

—No hay cuidado, querida. Juana tiene derecho a soñar. Dinos cómo imaginas tú al Príncipe Azul.

—Un hombre de lejanas tierras, audaz, reidor, exótico, con ojos huraños, que sepan ser dulces. Un hombre cuya voz me conmueva porque sólo oyéndole sabré que es él… Mi príncipe azul, montado en blanco caballo.

—¡Ah! ¿Precisamente a lomos de blanco corcel? Escucha, Juana. Me temo que lo que te conviene es una buena dosis de ruibarbo.

—No seas prosaico, Renato—aconsejó la esposa.

—Eso de los príncipes azules, es como los cuentos de hadas, Juana. Son bellos romances para soñar hasta los dieciséis años. Después… hazme caso: el verdadero cariño es muy poético, aunque aparentemente sea vulgar. Es estar cómodo, a placer, con buenas digestiones, tranquila conciencia, compenetrados…

—Papá... Soy joven y tongo derecho a soñar.

—Puedes tener un despertar doloroso, hija mía. Echa una ojeada a tu alrededor en las recepciones. Hay gallardos mancebos, que aspiran a tu mano.

—Son petimetres jovenzuelos, papá.

—¡Se acabó! Dejarás de suspirar, o te encerraré en nuestra casa de campo, para que los aires sanos te quiten esas necedades de romántica alocada. ¡Eso faltaba!

Juana Pereña, sollozando, abandonó la sala. El virrey asióse la cabeza entre las dos, manos.

—¡Gobierno en quinientos mil hombres, y lo hago pasablemente! Y no logro convencer a esa rebelde mocosa.

—Es la edad, Renato.

—Estupideces.

—Pasará pronto, Renato.

—Atiéndeme bien, querida. Vas a decir a cuántos componen servidumbre y visitas, que a quien hable de aventureros, de pañuelos negros y de trovadores, será considerado propalador de infundios, aptos para soliviantar a doncellas de poco seso. ¡Tu hija está así desde que sueña con piratas galantes y con bandoleros poéticos. ¡Puaf! ¡El príncipe azul!

—Todas las mujeres cuando el impulso primaveral asciende desordenadamente por nuestras venas en los juveniles años, nos forjamos un príncipe azul.

—¡Joroba! ¿Tengo nada de príncipe ni de merengue? Y bien feliz que he sabido hacerte.

—Tú fuiste en carne y hueso mi imagen soñada. Y lo mismo sucederá con Juana. Tranquilízate.

—Entre nosotros te diré que el día que Juana nos anuncie que ama a un ser de carne y hueso, respiraré feliz. Entretanto, preocúpate de hacerle comprender lo que yo he intentado torpemente.

Pero la esposa del virrey convenció a éste, de que había sido elocuente.

CAPITULO II

Fuerzas incomprensibles

—Debemos conocernos mejor, Diego Lucientes. ¿Conoces tú a la hija del virrey?

—No—replicó, extrañado, Lucientes.

—Es divina... Yo soy un vagabundo y ella una encopetada damita. Tú eres muy ducho en aconsejar a los demás. Ayúdame y yo te ayudaré. Dime algo que me permita llegar hasta el corazón de la hija del virrey y sabrás quién es "Pañuelo Negro" y la revelación te hará abrir la boca hasta desquiciaría las mandíbulas.

—¿Conozco yo a Pañuelo Negro?

—Sí.

—¿Es familiar del hidalgo Lezama?

—Sí.

—¡Mil rayos! ¡Considera ya que estás incrustado en el corazón de la hija del virrey! Costará poco, dada tu estampa. A cambio... ¡tengo tu palabra de que me dirás quién es Pañuelo Negro!

—Tienes mi palabra.

Y el que acababa de hablar sonrió mostrando la blanca dentadura, destacándose en bronceado rostro exótico, de corta barba rizosa al igual que el fino bigote y los encrespados cabellos ensortijados.

—Es extraño, Frasco Zarzales—comentó Lucientes—. Hace apenas media hora que charlamos y atisbo entre nosotros una invisible atracción.

—Será esta fuerza incomprensible que nos dicta por instinto, antipatía repentina o mutua y espontánea amistad.

—Estudiemos el caso. ¿Trampeas el naipe?

—No.

—¿Bebes vino desde desayuno a desayuno?

—Sólo comiendo.

—¿Te gusta engañar?

—A quien me engaña.

—¿Provocar?

—A quien lo pide.

—Algo tenemos en común, ¿Estás bien de bolsa?

—Lo suficientemente para silbar con alegría, sin preocupaciones.

—¿Puedes, pues, mercar ropas distinguidas?

—Sí.

—Estudiemos... ¿Qué se dice de la hija del virrey?

—Que sueña, que sus ojos azules tienen melancolía de desamor. Que rechaza todos los pretendientes. No tuvo amores. Ha perdido la sonrisa. Lee mucho. Pasea de noche por el parque junto al estanque.

—Esta mocita debe soñar en su príncipe azul... ¡y si no me equivoco y lerdo no soy, tú eres el adecuado! Vistes exótico, tu arete, es clamor de independencia, tienes arrogancia de bestia romántica. Déjame pensar...

—Yo no quiero burlarme de ella. ¡Quiero casarme con ella!

—Repámpanos, Frasco. Picas alto. ¿La bolsa o la vida?

—No es caza de dote. Sin un ochavo la quiero, que hombre soy para ganar, si se tercia, con que construirle un palacio.

—Eres un romántico.

—Deseo serlo.

—Albricias. Tú eres listo. Pero eso de casarse. Está el virrey. Está seguramente el prejuicio de castas. Es marquesita.

—El hidalgo Lezama era pirata cuando esposó a Mireya de Ferjus, allá en el castillo del bosque de Civry junto al tuyo.

—Bien enterado estás tú de la historia de la tribu. Veamos... Aparecer como un potentado extranjero... No... Es vulgar... Escucha, Frasco. Tú dijiste que si yo te daba medio de apoderarte del corazón de la hija del virrey, me dirías quién es Pañuelo Negro. Pero no me pediste que te diera filtro de casorio.

—Bastará con que sepas lograr que ella me ame.

—Cuestión tuya es. Yo voy a pensar en la martingala.

—No llames martingala a ese trance...

—Bueno, es un decir. ¡Ya está! ¡“Eureka”!

—¡Di!

—La niña, como todas, suspirará pensando en el romántico bandolero que cubre su rostro con negro pañuelo de encajes. ¡Tú vas a ser Pañuelo Negro! Para ella, al menos. Es peligroso, porque si te pillan jugueteando, te cortan la muñeca diestra, te marcan la frente como si fuera anca de becerro y después te descuartizarán.

—No hay riesgo que no sea yo capaz de correr, con tal de verla a solas y que me escuche.

—Tu labia hará el todo. Pero tú presentación ha de ser sensacional. Excitar las fibras románticas de la doncella. La propicia noche, que si es estrellada y luce luna, de rechupete. No tuerzas el gesto, Frasco Zarzales. Yo también soy romántico, sólo que procuro disimularlo muy bien. Ella sueña al borde del estanque. Tú, sangrienta la frente, que es herida poética, apareces tambaleándote por el parque, cerca a ella. Yo finjo persecución. Arrodíllate, pide refugio. Te acosan… Da a entender que eres un aventurero injustamente perseguido por esa implacable ley de los humanos. En fin, la cantinela. ¿Ves el cuadro?

—Es magnífico.

—Estupendo. Sólo tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—La doncella chilla que se las pela, acuden los soldados y tienes en el mejor de los casos que poner pies en polvorosa, sangrante la frente.

—Ella no chilla.

—Bueno. Se desmaya.

—El agua del estanque la reanimará.

—Todo lo ves color de rosa. Muy posible. Te da refugio y empieza el romance. La hija del virrey, muy orgullosa de burlar las leyes, te trae el pienso. Bien, te trae la comida. Tú suspira, pon ojos en blanco, en fin, esas carantoñas que hacemos tan bien cuando Cupido nos ha asestado esa coz que atontolina.

—Me dijeron que eras escéptico, y tu lenguaje crudo y vulgar. Son antifaces, Diego Lucientes.

—Exacto, Frasco Zarzales. Mi coraza. Me han gustado siempre los líos. Y ahora, disfruto… porque te mereces a la hija del virrey. ¿Y si el casorio no resulta del agrado del virrey? Demos por hecho que la soñadora sucumbe a tu labia y aspecto y a la bella situación que suscite su caridad primero, su amor después.

—Si el virrey no me la da, la rapto.

—¡Eres de los míos Frasco! Bien. Si da resultado, tengo tu palabra de que me revelarás quién es Pañuelo Negro. ¿Maniobra a solas?

—No.

—Me lo estaba oliendo. ¿Tú eres testigo las dos veces por casualidad?

—No. Yo soy uno de sus amigos.

—¿Cuadrilla?

—Llamémosla “tercerilla”. Pañuelo Negro, yo y otro. Nosotros dos, sólo estamos atentos a cubrir la retirada o al trabajo menor.

—¿Afán de aventura?

—Sí.

—Espléndido debe ser el terceto, si tú eres uno de ellos. Esto me recuerda los tiempos en que el hidalgo Lezama, yo y el mosquetero Jarnac de Lesperruy[1], armábamos marimorenas de no te menees, que cae trancazo. ¡Ah, aquellos tiempos!

—Pueden volver. Ni tú, ni el hidalgo Lezama soportaréis largo tiempo la paz de un hogar. Os reclama el mar, el pabellón libre y las verdes rutas de lo desconocido.

—¡Exacto! ¿Sabes que tú y yo vamos a hacer buenas migas?

Claro, que si te casas con la hija del virrey, te adocenarás.

—Ella vivirá como yo viva. Buhonero soy al parecer, que de pretexto me sirve. Pero cubiertas piratas, he pisado, de galeras me he fugado y al verdugo dejé con palmo de narices.

—¡Frasco Zarzales! ¡Tú eres mi hermano!

—La fraternidad de las emociones de los riesgos. Es noche y brillan las estrellas, Diego Lucientes. Y la luna espolvorea lienzos de ilusión.

—¡Carape! ¡Y poetastro!

—Podríamos rondar e] parque.

—Rondemos.

—Si ella está visible, surca mi frente en corte aparatoso, para que mi sangre pueda escribir en su regazo mi sed de amor.

—Frasco... ¡La hija del virrey es tuya!

—Ojalá. Cuando la veas, me comprenderás. Peina trenzas de sol y es su piel como el trigo candeal. En sus ojos todo el azul del cielo prometa paraísos. Temeré besarla, porque es ángel que se esfumará

entre mis brazos.

—Si a mí sabes decirme eso, ¡la de madrigales que espetarás ante ella!

—Callaré, que la elocuencia primera es el silencio.

—Con esos verdes mirones que te traes, la vas a alucinar. ¿No te han dicho que tienes ojos de tigre juguetón?

—¿No te han dicho que tienes ojos de pillo redomado?

Rieron los dos dándose palmadas' en los hombros, mientras abandonaban la sala de "La Voz del Hurón",

Era una noche magnífica. Las estrellas titilaban como frioleras luminarias y la luna en arco tajante, vertía plata susurrante sobre los setos y el verdor obscuro de los campos.

—Noche de ensueño, Frasco Zarzales.

—Noche de promesas, Diego Lucientes.

Y ambos perdiéronse por el sendero alto, que conducía a la mansión palaciega del virrey.

CAPÍTULO III

Los hermanos Barbarroja

En concreto, Juana Pereña no sabía en quién plasmaba su imaginación la persona del príncipe azul.

Había visto al conde Ferblanc y sintióse interesada por el antiguo pirata rebelde, galante y caballeresco.

Había contemplado la arrogante imagen de Cheij, el joven hijo del conde Ferblanc, de pasado tormentoso. El hombre que capitaneó velero de piratas árabes.

Los rojos cabellos de Diego Lucientes, su manopla cubriendo hierro, su proverbial volubilidad amorosa, también la inquietaron.

Y cuando tras salir llorando de la sala, donde el virrey acababa de sermonearle, Juana Pereña se encerró en sus habitaciones, al cesar de verter lágrimas, recorrió con manos acariciantes, el lomo de varios libros.

Eran libros sustraídos de la biblioteca virreinal. Leídos a hurtadillas.

Pirata, árabe, cabello rojo...

Un título le llamó instantáneamente la atención: “Los hermanos Barbarroja”.

Y más que leer, fué viviendo dos siglos antes.

En el año 1503, comenzó a regir los destinos de la cristiandad, el muy magnífico señor y poderoso pontífice, S. S. el papa Julio II. El 19 de noviembre de este año, Julián de la Rovere, sobrino de Sixto IV, cardenal de San Pedro-ad-Vincuía, obispo de Carpentras, de Albano, de Ostia, de Bolonia y Avignon, fué coronado papa, cuando ya contaba sesenta años de edad y cuando su larga y crespa barba comenzaba a pasar del gris ceniciento al blanco de lino.

Guerrero y artista, más lo primevo que lo segundo, Julio II,

hombre belicoso, en el que las pasiones se daban con inusitada violencia, había alcanzado la silla de San Pedro mereced a su indomable energía, logrando humillar hasta al mismísimo César Borgia.

Hombre de una vigorosa vitalidad, a pesar de su avanzada edad, su nombre figura en la historia como la de un guerrero clérigo, para el cual la iglesia lo fué todo.

Este supremo deseo de ver a la Iglesia fuerte y poderosa, fué el que le indujo a ponerse al frente de sus tropas, como general en jefe de las mismas, para hacer la guerra, en 1511 a los franceses, en la Mirandola.

Su nombre va también asociado al más ilustre artista del Renacimiento: Miguel Angel Buonarotti, escultor, arquitecto, pintor, poeta, artista por excelencia, verdadero representante del espíritu, entre pagano y místico de los siglos XV y XVI.

Los nombres de Leonardo de Vinci y Rafael de Urbino, también van unidos al de este monarca de la cristiandad, en torno del cual, como un Mecenas de las artes, se agruparon los hombres de más mérito de su siglo.

Más, singularmente, vive el recuerdo de Julio II, como la expresión de un espíritu batallador, imperioso, al que sus contemporáneos, tuvieron el acierto de representar, en una medalla, revestido con los hábitos pontificales, con la tiara en la cabeza y un látigo en la diestra, bello simbolismo, sin duda, de su temple belicoso de santo cruzado, del que tantas pruebas dió.

Un año después de su elevación al trono pontificio, Julio II, por las necesidades de las campañas bélicas en que se hallaba interesado, hubo menester enviar dos de sus mejores galeras de guerra con una remesa de preciosas mercaderías, que mandaba de Génova a Civita Vecchia.

Eran dos galeras venecianas de alto porte, de las mejores de la época; en el mascarón de proa, ostentaban, primorosamente trabajadas, las insignias pontificias y por encima de ellas asomaban tímidamente sus bocas toda una fila de cañones.

Sus elevados mástiles, la altura de su castillo de proa, la profusión de cordajes, etc., dábanles aspecto formidable y formidables eran en realidad, para aquellos tiempos.

Mandaba la expedición el capitán Paolo Víctor, experimentado

marino y hombre de verdadero valor, que había recibido personalmente de Julio II, pertinentes recomendaciones acerca de lo mucho que debía cuidar de la preciosa carga que le había sido confiada para la mayor gloria de la Iglesia.

Estas recomendaciones no eran en aquella época tan necesarias como lo fueron después, ya que todavía no habían hecho su aparición en las aguas latinas del Mediterráneo los terribles Barbarroja.

Por consiguiente Paolo Víctor dió todo género de seguridades al pontífice y confiadamente aprovechando que el viento era favorable se hizo a la mar con su tesoro.

La galera vigía, nave capitana en la que iba Paolo Víctor, llevaba varios días de navegación. Mejor andadora que su compañera, hablaseis adelantado varias millas.

Entonces, las grandes rutas marítimas, que hoy vemos constantemente frecuentadas por infinidad de buques de toda nacionalidad y de todo porte, aparecían completamente desiertas.

El Mediterráneo, dentro de su relativa pequeñez, en comparación con otros mares, era una inmensa llanura azulada, por la que a veces transcurrían meses y aun años sin que nadie la hollase...

Los barcos navegaban con relativa lentitud y cualquier viaje, por corto que fuese, implicaba varias semanas de camino, sorteando escollos, capeando temporales, que muchas veces daban al traste con flotas enteras.

Eran largos días de continua inactividad, días en los cuales no se contemplaba otro espectáculo, que el del cielo y el mar.

Las pesadas galeras, de trabajado maderamen, chatas, abombadas, frágiles, a pesar de todo, frente a los embates del mar, eran como inmensos castillos que flotasen vagamente sobre el azul intenso de las aguas.

Llegaba la galera capitana a la altura de la isla de Elba, entre Córcega y Toscana, cuando el vigía, desde lo alto del palo mayor, anunció la presencia de una galeota, es decir, una embarcación movida a remo y algunas veces a la vela, muy usada en los siglos XV y XVI.

Hecho el descubrimiento, cómo quiera que el capitán Victor no viera en ello motivo alguno para inquietarse, dada la desproporción

existente entre una galeota y una galera de alto porte cual era la mandada por él, continuó tranquilamente su viaje.

Los corsarios berberiscos, hacía muchos años que no asolaban el Mediterráneo con sus audaces correrías; de tarde en tarde, algún navio pirata aislado, surcaba sus aguas, pero no se atrevía a atacar más que a los pequeños bergantines.

No se había inaugurado todavía la gran era de la piratería, cuyos representantes máximos fueron los temibles Barbarroja y sus sucesores, Dragut, Occhiali, Murad y otros.

Por todas estas razones, fundadamente, el capitán de la galera papal nada tenía que temer. Continuó, pues, su rumbo, sin parar mientes, en que la galeota, impulsada velozmente por un buen puñado de vigorosos remeros, iba ganando terreno y acortando sucesivamente la distancia que la separaba del navio italiano, el cual, de improviso, se vió abordado por la galeota, cuyo puente aparecía invadido por multitud de gentes de rostro feroz, cubiertos con turbantes.

Entonces sucedió algo verdaderamente inaudito: antes de que la galera pontificia hubiese tenido tiempo de adoptar las más elementales medidas de defensa, de la galeota partió una verdadera lluvia de proyectiles y flechas, certeramente disparadas por los musulmanes, a los cuales mandaba un hombre robusto, de semblante lleno de energía, cuyos cabellos y barba eran de un rojo de fuego.



mandaba un hombre robusto...

En breves momentos, la galera papal vióse sembrada de cadáveres. El capitán Paolo Victor, recibió una flecha en mitad del pecho, y murió, exclamando:

—¡Perdonad, Santo Padre!

Seguidamente, los piratas, al mando de aquel jefe de rojos cabellos, se lanzaron al abordaje, empuñando sus armas. Ocurrió todo esto con enorme rapidez.

Los piratas, tras una corta lucha, en la que en todo momento llevaron ellos la mejor parte, tanto por la salvaje impetuosidad que los animaba, que más bien era un ciego fanatismo o un supremo desprecio a la muerte, como por la ventaja que suponía haber sorprendido a los italianos, se hicieron dueños de la galera.

Mas la empresa de los piratas no había concluido allí. En la mente del capitán había nacido la idea de apoderarse también de la otra galera, que, aunque rezagada, no tardaría en aparecer.

Algunos oficiales se permitieran oponer objeciones a este audaz proyecto, pero el jefe, con gesto imperioso, les impuso silencio, gritando:

—¡Callaos, perros! Al que vuelva a chistar le corto la lengua con mi alfanje.

Todos enmudecieron como por encanto. El jefe pirata tenía su

plan, un plan audaz e ingenioso, que exigía más disimulo que valor.

Como primera providencia, mandó arrojar al mar los cadáveres de los enemigos y amigos que habían sucumbido en la lucha. Seguidamente, ordenó a los cautivos que se despojaran de sus ropas exteriores, haciéndoles vestir las de los galeotes musulmanes, a los cuales, reemplazaron en los remos, en tanto que éstos abandonaban el duro banco de que habla el poeta, y subían a cubierta para vestir las ropas de los cristianos.

Después de esto, mandó, el caudillo desalojar la galeota y pasar todos a la galera papal.

La galeota fué amarrada a remolque, como si se tratase de una presa capturada por la galera de Paolo Víctor, el capitán que a la sazón yacía en el fondo del océano.

Realizada esta operación, la galera puso rumbo al encuentro de la rezagada, la cual, a las pocas horas, apareció en el horizonte.

La tripulación de la otra galera, italiana, creyó de buena fe que su compañera había realizado una preciosa captura, por lo que, con toda confianza, se fué aproximando.

Llegadas las galeras a estar juntas los tripulantes de la no apresada se precipitaron a ver lo que sucedía, siendo acogidos con un nuevo diluvio de flechas y proyectiles.

Fué cuestión de cortos minutos. Los piratas se destacaron inmediatamente al abordaje y la tripulación de la segunda galera quedó prontamente reducida a la impotencia.

Al cabo de algunos minutos, los marineros cristianos eran encadenados a los bancos de remo de la galeota, en lugar de los esclavos musulmanes, que por este medio recobraban la libertad.

Y dos horas más tarde, el corsario hacía rumbo a Túnez, llevando consigo las dos galeras y la galeota.

Esta fué la primera aparición que hizo Arug Barbarroja, el famoso pirata musulmán, cuyas hazañas, célebres en verdad, habían de ser más tarde eclipsadas por las de su hermano, Khair-ben-Eddin, vulgarmente llamado Kharadin Barbarroja.

¿Quiénes eran estos hombres? Fueron tres hermanos: Arug, Kharadin e Isaac, hijos de un griego renegado, llamado Jacob, que renunció a la religión cristiana por la musulmana.

Era alfarero de profesión y vivía en Mola, en la isla de Mitilene, una de las más bellas del archipiélago griego. Arug, el primogénito,

había nacido en 1473, es decir, treinta años después que el papa Julio II, cuyas galeras acababa de apresar.

Era un hombre más bien bajo que alto, rechoncho pero bien construido: tenía pintadas en el rostro, la energía, la astucia, y la crueldad: unos ojos pequeños y vivos, una nariz aquilina y la piel de un blanco lechoso.

Además, sus cabellos y su barba eran de un vivísimo color rojizo, de un rojo más que de oro de fuego. De ahí veníale el sobrenombre de Barbarroja, por el que fué conocido de los occidentales.

Era valiente hasta la temeridad, sanguinario, cruel y sensual, como buen oriental. No había peligro que le arredrase y su astucia no conocía límites. Durante su adolescencia había abrazado voluntariamente el islamismo, y como el peligro le atraía con irresistible hechizo, se enroló a bordo de un pirata turco.

No tardó en destacarse por su ilimitado valor; habiendo sido capturado por los cristianos, fué conducido a Rodas, de donde, al cabo de algunos días, logró fugarse.

Entonces se presentó al emir de Túnez, el cual, conocedor de su bravura, le confió el mando de una flota que recorrió el Mar Egeo. Al contar treinta y un años de edad, el famoso Arug se hallaba en pleno disfrute de sus energías. Gran número de hombres le obedecían ciegamente, pues sabían que los suplicios que Arug solía infligir a los que le desobedecían o ejecutaban torpemente sus órdenes eran cruentísimos.

Kharadin e Isaac, que le acompañaban en esta expedición, le obedecían sin replicar, más que por temor, ya que Kharadin no temía a nadie ni a nada, por disciplina.

La proeza que acababa de realizar no la ejecutó Arug en calidad de vasallo de Turquía, sino como corsario independiente.

Durante su postrera correría por el Mar Egeo, Arug convenció a sus hermanos y a sus hombres para que sacudiesen el yugo de la Puerta y ejerciesen la piratería a sus órdenes, prometiéndoles una vida, si bien llena de peligros, también de riquezas y deleites.

Al propio tiempo se sustraían a las vejaciones y rapacidades de los aprovechados mercaderes de Constantinopla…

Sus hombres, entusiasmados, le siguieron sin pestañear. El emir de Túnez le había autorizado a depositar sus presas en la isla de,

Djerba y después en La Goleta, a la entrada del Golfo de Túnez, a cambio del veinte por ciento del botín apresado.

Pero Arug después de algunas andanzas victoriosas, en las que realizó ricas capturas, se sintió enorgullecido de su triunfo.

Su nombre comenzaba ya a trasponer los mares y a cubrirse de una aureola legendaria; la reciente captura de las galeras pontificias había venido a aumentar esta gloria del pirata, que había de producir émulos en legión.

Pronto el Mediterráneo se vería infestado de todo género de aventureros, cuyas proezas, más o menos efímeras, jamás habrían de ser otra cosa que pálidos reflejos de las llevadas a cabo por Arug y después por Kharadin Barbarroja.

Arug sintióse orgulloso como un monarca, después de sus últimos triunfos. Entonces concibió un proyecto gigantesco, digno, verdaderamente, de un rey: el de conquistar un reino independiente, un reino en el que pudiese ejercer una dominación absoluta, y que le sirviese, no sólo de refugio cuando se viera acosado por el enemigo, sino también de mercado para sus botines y de asilo para sus placeres.

Era una idea política de gran envergadura, cuya realización había de tropezar con muchas dificultades.

No hacía mucho tiempo que el emir de Argel, Selim-ben-Eddin, había solicitado la ayuda de Arug para arrojar a los españoles de dicho país.

Durante los últimos años de su reinado, Fernando el Católico, rey de España, jefe del poder temporal de la Cristiandad, como soberano de a la sazón más formidable potencia marítima del mundo, había mantenido a raya a los enemigos de España.

Su poderosa flota había bloqueado toda la costa, durante los años 1509 y 1510, reduciendo las plazas de Orán, Bugia y Argel.

Los argelinos se vieron obligados a negociar la paz con el rey católico, ofreciéndolo en garantía de sus buenos propósitos que el soberano erigiese el fuerte del Peñón, fortaleza formidable que los españoles defendieron hasta el último momento.

Mas, en 1512, Arug, tenaz en su propósito de conquistar un reino en tierra firme, atacó Bugía. El asalto fué terrible y encarnizado, pero Arug no pudo rendir la plaza. Por el contrario, tras de batirse como un león, fué alcanzado en un brazo por la bala

de un arcabuz.

Arug vióse obligado a retirarse a Túnez, dejando a su hermano Kharadin el encargo de continuar el bloqueo.

En Túnez hubo necesidad de amputarle el brazo, con lo cual el prestigio del pirata sufrió un serio quebranto. Kharadin, a la postre, hubo de abandonar el bloqueo.

En el intervalo, el famoso almirante Andrea Doria, aunque genovés de nacimiento, español por sus servicios, el marino más valiente y experto de su época, el único capaz de enfrentarse con el famoso pirata, aprovechó las circunstancias y desembarcó en La Goleta, quemando todas las naves que allí tenía Arug.

Este no tardó en rehacer su escuadra, y seguidamente intentó un nuevo ataque contra Bugía, ataque tan infructuoso como el primero. Exasperado el pirata, no queriendo ceder en su empeño de hacerse con un puerto que fuese la base de sus operaciones marítimas, se volvió contra los genoveses, a los cuales, en 1514, arrebató el puerto de Djidjelli.

Este triunfo tornó a darle nuevo prestigio: gran número de aventureros de todos los países, atraídos por la fama de que gozaba acudieron a enrolarse a las órdenes de Arug Barbarroja.

En 1516 se operó un hecho importantísimo: falleció Fernando el Católico. Los argelinos aprovecharon la circunstancia para sublevarse y tratar de romper el dominio español.

Acudieron a Selim, pidiéndole que se pusiera al frente de ellos. Selim aceptó, pero halló sus fuerzas harto insuficientes para conseguir el propósito que perseguía, y nuevamente acudió al pirata Arug. Éste también aceptó el ofrecimiento y se puso en marcha contra Argel, al frente de cinco mil hombres.

Su hermano, el terrible Kharadin, le seguía con su flota. Dura fué la lucha; Argel al fin se rindió, pero no así el fuerte del Peñón, que resistió heroicamente.

Arug era ambicioso; no había nada en el mundo que le hiciese retroceder cuando del logro de sus deseos se trataba. Su idea constante, por la que con tanta tenacidad luchaba, era la de conquistar para sí un reino.

Ahora, tras de infinitos esfuerzos, realizaba su idea. Volvía a sentirse fuerte, su orgullo se manifestaba prepotente: era el amo de Argel. Es decir, no; el amo de Argel era Selim, pero no tardaría en

dejar de serlo.

Arug entonces levantó un formidable ejército, reclutando sus hombres en las cabilas. Este ejército le dió un poder omnímodo. Y Arug se presentó ante Selim, el cual se hallaba en el baño.

No perdió Arug el tiempo en pactos ni dilaciones; se limitó a dar una orden, y ésta fué ejecutada al instante: Selim fué estrangulado y Arug se proclamó rey de Argel y de todos sus dominios, aunque vasallo de Turquía.

Este hecho tuvo a los ojos de los argelinos todos los caracteres de una usurpación. Profundamente irritados, se unieron a los cristianos españoles y decretaron la muerte de Arug Barbarroja.

Pero éste tenía muy buenos espías, que no tardaron en ponerle al corriente del complot fraguado contra su persona. Arug sacudió con movimiento feroz su roja cabellera, como un león su melena.

En sus fríos ojos hubo un centellear de ira. Con ronca voz, exclamó, imperativo:

—¡Traedme a los conjurados!

Llevados a su presencia, Arug se mofó de ellos con sádica complacencia, y los condenó a los más horribles suplicios, a manos de sus concubinas, en orgiásticas escenas indescriptibles.

Pero el Peñón no so había rendido. La guarnición española que lo defendía había resistido con denuedo digno de mejor premio.

No obstante, la situación hacíase difícil, y el cardenal Jiménez, en 1517, mandó una escuadra al mando de don Diego de Vera.

Dicha escuadra fué totalmente destruida por los temporales y por los árabes. Más de siete mil veteranos españoles hallaron la muerte o quedaron cautivos.

Esta nueva victoria dio al pirata nuevos bríos y consolidó su posición, subyugando diversas regiones vecinas a Argel, entre ellas Tlemcen; pero los argelinos, que cada día consideraban más dura la dominación de Barbarroja, tornaron a rebelarse.

Al propio tiempo, el famoso marqués de Comares, gobernador de Orán, al tener conocimiento del desastre sufrido por don Diego de Vera, reclutó cuantos hombres pudo y sitió al pirata en Argel.

Arug fué primeramente sorprendido en Tlemcen, en ocasión que no disponía más que de mil quinientos hombres, número insuficiente para poder resistir a los diez mil que mandaba el marqués de Comares.

Por ello, Arug buscó refugio en Argel, donde contaba con poder hacerse fuerte. En Argel el combate fué tenaz; la superioridad de las huestes españolas, se manifestó desde el primer instante.

Arug, con su menguado criterio político, en su retirada a Ujda, donde esperaba hallar algunos refuerzos prometidos por el sultán de Marruecos, fué abandonando todas sus riquezas, todas sus joyas.

Pero los españoles no se pararon a recoger el rico botín que el pirata les abandonaba, sino que siguieron adelante.

A orillas del río salado se desarrolló el combate decisivo. Arug había pasado el río; mas viendo que sus hombres quedaban en una situación comprometida, tornó a pasarlo para tomar parte en la acción.

El pirata se batió desesperadamente, pero su bravura resultó a la postre estéril, pues tanto él como toda su gente cayeron bajo las armas españolas.

Arug murió como había vivido toda la vida: luchando...

Por grande que sea la fama de las hazañas de Arug, infinitamente mayor es la de los hechos realizados por su hermano Khizr, denominado por los musulmanes Khair-ben-Eddin y más, vulgarmente Kharadin.

Las proezas de este pirata forman una especie de poema épico, digno de una respetable plasmación literaria.

Físicamente, Kharadin era superior a su hermano Arug. “Su estatura— escribe un historiador—era ventajosa y majestuoso su porte. Bien proporcionado y robusto, era extraordinariamente velludo; su barba, sumamente enmarañada, y sus cejas y pestañas estaban notablemente pobladas. Antes de hacerse cenicientos, sus cabellos eran de un castaño cálido.”

En su juventud estos cabellos habían sido de un rubio subido, casi dorado. Su presencia era arrogante, fiera. En el frunce de sus labios, carnosos y sensuales había un rictus de dominación. Era impetuoso en sus deseos; las pasiones adquirían en él acentos broncos de tragedia.

Superaba a su hermano en todo; era más cruel y sanguinario que Arug; era, si cabe, más valiente y decidido que Arug, y era infinitamente más político, más hábil que Arug.

A todas las dotes de su hermano, Kharadin añadía la prudencia del hombre de Estado, del gobernante. Kharadin era mucho más

inteligente que Arug.

Fácil es, pues, comprender que un hombre así fuese temible. De su hermano heredó un trono, un poder organizado y, sobre todo, una fama creada.

En cuanto Kharadin hubo entrado en posesión de todas estas cosas, comprendió que para poder hacer frente a los numerosos enemigos que le rodeaban necesitaba una ayuda poderosa.

Así, pues, su primer acto político fué el de enviar embajadores al sultán de Constantinopla, para que, en su nombre, le hiciesen solemne ofrecimiento de la nueva provincia de Argel, al tiempo que le pedía protección.

Kharadin sometíase al vasallaje del Gran Señor a cambio de la ayuda de éste. Solimán, que a la sazón acababa de conquistar Egipto, sintióse halagado con la idea de poder agregar a sus dominios tan importante territorio.

Y contestó a los emisarios del pirata diciéndoles que aceptaba el ofrecimiento, en prueba de lo cual nombraba a Kharadin bajá o gobernador general de Argel, al propio tiempo que le concedía un refuerzo de diez mil genízaros o soldados mercenarios.

Por este procedimiento el pirata se aseguraba la ayuda de uno de los más poderosos príncipes orientales; si bien Kharadin, por efecto de la distancia, seguía conservando en cierto modo su independencia.

Logrado esto, el temible corsario comenzó a organizar su territorio por medio de un sistema de alianzas y de conquistas.

Todas las posiciones antaño dominadas por los españoles fueron conquistadas por las huestes de Kharadin.

Sólo el fuerte del Peñón, a la entrada del puerto de Argel, seguía en poder de España, pero no había de tardar mucho en sucumbir. El poder de Kharadin llegó a hacerse formidable. En 1519, el almirante don Hugo de Moncada se dirigió, al frente de numerosa flota, contra el pirata, pero los cincuenta navios españoles y el ejército de veteranos perecieron en la demanda.

El pirata había logrado hacerse dueño de una vasta extensión del litoral mediterráneo.

Seguro ya de sus fuerzas, Kharadin prosiguió las aventuras iniciadas por su hermano. Su poder no era ya el de un pirata aislado, que no cuenta para sus empresas más que con su valor, sino

que era el poder de un verdadero monarca, qué disponía de una flota numerosa de miles de hombres dispuestos a dar su vida por él a la menor señal.

Entre sus hombres los había que, más tarde, habrían de ser los continuadores de sus proezas; tales, Dragut, valiente como un león y feroz como una hiena; Sinan, llamado “el judío de Esmirna”, al que le atribuían mágicos poderes; Aydin, el cristiano renegado, al que los españoles daban el nombre de “terror del diablo”, y otros…

Con tales elementos, todos los años, al llegar la primavera, los navios piratas se hacían a la mar, hacia las costas de España, las Islas Baleares e Italia; en ocasiones se aventuraban hasta más allá del estrecho de Gibraltar, con el fin de apresar algún opulento galeón que regresaba de América a Cádiz cargado de oro o de especias.

En 1529, Kharadin intentó un nuevo ataque contra la fortaleza del Peñón. Encarnizada fué la lucha, que continuó por espacio de dieciséis días, con sus correspondientes noches.

Al fin, la fortaleza, no pudiendo resistir más, se rindió. El gobernador del fuerte, don Martín de Vargas, murió heroicamente acribillado a heridas.

Kharadin, victorioso, mandó entonces demoler el castillo.

Prosiguió el pirata sus correrías; en 1533 tornó a apoderarse de Túnez, arrojando a Muley-Hassán, pero en 1534, Carlos V, que odiaba de un modo indecible a Kharadin Barbarroja, mandó una escuadra compuesta de cuatrocientos navios de guerra y cincuenta mil soldados de desembarco, al mando del almirante Andrea Doria.

El día 20 de julio se entabló la batalla. El famoso almirante, después de rudo combate, se apoderó de La goleta y dio libertad a veinte mil cautivos cristianos que tenía Kharadin en dicho lugar.

Kharadin vióse obligado a huir de Argel, donde estableció su campo de operaciones y continuó sus andanzas, devastándolo y pillándolo todo. Pero los últimos descalabros sufridos habían mermado considerablemente sus fuerzas, por lo que Kharadin hizo rumbo a Constantinopla, donde sí presentó al sultán.

Éste, en lugar de concederle los socorros pedidos, prefirió retenerle a su lado, nombrándolo a tal efecto gran almirante y generalísimo de sus escuadras.

Carlos V, dispuesto a acabar con el poder del pirata, mandó

contra él una nueva flota, que, por haberse visto rudamente combatida por los temporales, no pudo lograr su objeto.

Esta escuadra la mandaba también Andrea Doria, que sufrió una verdadera derrota.

Cuando Carlos V tuvo noticia, en Valladolid, donde a la sazón se hallaba la corte, del desastre experimentado por su almirante, pateó furioso, y le dijo a Hernando del Pulgar:

—Cuando desembarque Doria, le dices de mi parte que se haga monje…

Hernando del Pulgar no cumplió el encargo del emperador. Andrea Doria había de volver a enfrentarse con el temible pirata. Éste, entre tanto, hacía rumbo a Nápoles, para realizar una romántica hazaña, en la que la belleza de una mujer había de servir de acicate a la audaz decisión de Kharadin Barbarroja.

CAPITULO IV

Tercer Tercio

Juana Pereña, olvidando a los hermanos Barbarroja, abalanzóse a la ventana de su alcoba. Habíanla atraído impulsivamente repentinos fragores de cascos repicando.

Desde donde se hallaba divisaba, sin ser vista, la ancha explanada que daba frente al ala lateral del edificio.

Extrañada, contempló la bizarra entrada de varios jinetes, que vinieron a inmovilizarse dando frente a la terraza.

Fué ella detallando el vistoso uniforme de los oficiales del Tercer Tercio, de estandarte de Italia.

Oficiales que todos eran poseedores de título y brillante ejecutoría. Formaban a caballo en dos hileras, ante las que dos comandantes más destacados ostentaban supremacía por categoría.

Y al frente de ellos el jinete, que por propia decisión no llevaba uniforme, sino tan sólo los emblemas de coronel.

El coronel Carlos Lezama, conde de Ferblanc, el legendario Pirata Negro. Apoyó pensativa Juana Pereña la frente, contra el cristal.

Aquella misma tarde, Mireya de Ferjus, la esposa del conde Ferblanc, debía rendir visita a la esposa del virrey.

Juana Pereña decidió que indagaría la historia del romance amoroso en que la marquesa y el pirata se conocieron. Debía ser un poema...

La vibrante voz de los clarines anunció la llegada del virrey. Y, aunque no lo veía, oyó Juana Pereña netamente la voz de su padre:

—¡Señor coronel, comandantes y oficiales del Tercer Tercio! He tenido el honor de convocarles a reunión extraoficial porque necesito la total aportación sin reservas del Tercer Tercio. Por

suerte, reina en el interior y en la ciudad la tranquilidad. Tan sólo un hombre, un desconocido, un bandido, amparado en máscaras se permite la incalificable osadía de lanzar un reto a la sociedad cuyos pilares de sostenimiento representamos. Hablo de "Pañuelo Negro".

Juana Pereña interesóse vivamente, avanzando el busto, para no perder una sola sílaba.

—Encomiendo encarecidamente, como misión especial, al Tercer Tercio, la pronta captura de este agresor, que ha puesto en evidencia a nuestra patria, atacando a un embajador extranjero. He elegido al Tercer Tercio para esta misión, porque la primera actuación de "Pañuelo Negro" dejó malherido a un capitán, compañero vuestro. A vos, en particular, coronel Lezama, como jefe del Tercer Tercio, os encomiendo la pronta captura del que con su libertad constituye un escarnio para todos los habitantes de Latacunga.

Hizo una pausa la primera autoridad, para proseguir:

—Prohibido terminantemente el empleo de antifaces y cualquier disfraz, bajo penas severísimas, y suspendido al igual, temporalmente, todo baile de máscaras, tengo, pues, la convicción de que, ayudando también las fuertes recompensas, ofrecidas, pronto será un hecho la captura de "Pañuelo Negro". Además, vos, conde Ferblanc, por vuestro magnífico historial, sois el más capacitado para esta misión. Confíe en pleno en el Tercer Tercio, y en particular en vos, coronel Lezama. Os agradezco la visita, y hasta pronto.

Juana Pereña no vio alejarse a los jinetes. Veía a un jinete montado en blanco potro. Un hombre audaz, que a instantes tenía el rostro del Pirata Negro, a otros el de su hijo...

Pero el Príncipe Azul de la hija del virrey, las más de las veces plasmábase en su imaginación como un ser de indefinible e inquietante rostro.

A las cinco de la tarde Mireya de Ferjus, en el salón, conversaba animadamente con la esposa del virrey.

Supo Juana Pereña hallar un aparentemente sólido pretexto para pasear con la esposa de Lezama por el parque.

Y, asegurada de la soledad, reunió todo su valor para insinuar:

—¿Os molestaría, Mireya, si os importunase con indiscreciones?

—No puedes tú ser indiscreta, querida Juana.

—Os habrán dicho que soy soñadora, y que vivo en las nubes.

—Tu padre desea vivamente que elijas prometido.

—¿Vuestro padre os forzó a casaros, marquesa?

—Oh, no... Yo era huérfana cuando conocí... Pero es historia que se remonta años atrás y que no te interesará.

—¡Sí, marquesa! Yo... eso quería... Sentaos aquí. Es mi sitio favorito. Solitario, sólo se oye el susurrar del estanque agitado por el céfiro. Es mi sitio predilecto.

—¿Para qué quieres que te cuente lo que antaño pasó?

—Porque sois buena... Y... porque vuestra historia debe ser romántica. Contadme cómo os enamorasteis..., y perdonad mi atrevimiento, marquesa. Os pareceré pazguata...

—No, niña... También yo a tu edad sentía anhelos indefinibles. Y soñaba, asomándome en las almenas de mi castillo[2]. Y te hará bien que te cuente mi idilio. Será aleccionador. Nosotras, las de temperamento reflexivo, corremos un peligro. El que yo corrí y que por poco me cuesta morir...

—¡Oh, contadme!

—Yo, como tú, desdeñaba las fiestas y los galanes presuntuosos. Soñaba en un Príncipe Azul... y lo veía violento, apasionado..., pero galante, cortés, cuando rendía pleitesía a su amada. Un día apareció un corsario famoso. Joven aun, tenía blancos Ion cabellos. Su figura era arrogante... Después... creí que era mi Príncipe Azul, Se llamaba Antoine Legay, y Francia entera lo admiraba. Era muy cruel, vesánico, soberbio. Dijo que se casaría conmigo, quisiera yo o no aceptarle. Después supo ser amable, y el contraste me conmovió.

—¿Y...—suplicó Juana Pereña.

—Apareció un español...—continuó Mireya, cerrando los ojos para mejor evocar su más bello recuerdo—. Insolente, perdonavidas, imperioso, estaba acosado. Le perseguían. Logró con el auxilio de algunos de sus piratas apoderarse de mi castillo. Me atemorizó, aunque ningún gesto amenazador hizo. Le insulté... Rió... Una.carcajada que resuena siempre en mis oídos. No era burlona ni desdeñosa. Era sana, afectuosa, ruda, acariciante... Me dijo que tan pronto matara a Antoine Legay partiría, y yo me vería libre de su presencia. En aquel momento, indignada, le repliqué que ese era mi mayor deseo: perderle de vista. Y que en cuanto a matar a Legay, eso no lo lograría.

—¿Y qué sucedió?

—Tuvo que abandonar, por razones de pelea, el castillo. Mientras, Legay, impaciente, en un arrebato de locura, me condujo a la sala de los suplicios, me encadenó a un escabel de tortura y, sin tocarme, me martirizó.

“Fué una noche horrible en sus principios. Yo creía enloquecer oyendo al corsario relatar sus andanzas criminales. Y cuando me anunciaba que, prendiendo fuego al castillo, olvidaría mi desdén, apareció mi Príncipe Azul... Lo supe al verle atacar al corsario, al cual mató tras fiero combate. Lo supe cuando bruscamente, pero con acento cariñoso, me habló de los cuervos... Los cuervos... Esos hombres de legendaria historia, de turbulento pasado, que arrojan negras sombras, aleteando sobre cadáveres con que siembran su paso. Me hablaba para tranquilizarme... Y fuera le sitiaban soldados. Le ofrecí refugio, y no quiso comprometerme.

Insistí, y se negó... Le acompañé a las altas almenas, por donde intentaba escapar. Y la noche, mis emociones, mis anhelos, me hicieron perder el recato. Le brindé mis labios, y le dije mi amor. Me besó como a una niña extraviada... Habló poéticamente, anunciándome que la noche pasaría, y a la luz del sol, cruda e hiriente, sólo quedaría la verdad do una marquesa que no podía ser la esposa de un pirata sin fortuna, errante y con la cabeza a precio. Insistí... Prometí arrojarme muros abajo si me dejaba a solas con mi amor. Prometió volver... Describió un salto prodigioso, y logró escapar. Hasta la madrugada lloré amargas lágrimas... ¡No podía realizarse el enlace de un orgulloso pirata español con la enamorada marquesa!

—¿Volvió?

—No... Pero supe por su lugarteniente el caballero Lucientes que en alta mar el pirata hidalgo murmuraba mi nombre. Yo era para él la amada imposible. Y entonces... sacrifiqué mi pudor, mis rebeldías de mujer... Ayudada por el caballero Lucientes, me escondí en el camarote del “Aquilón”... Después..., en altamar, aparecí... Y desde entonces bendigo el día en que supe seguir al pirata... ¿Lloras, niña?

—¡Es tan hermoso!

—Lo fué, lo es y será.

—Vuestra sonrisa es divertida.

—Porque recuerdo que él pretendió herir mi orgullo, y yo le

vencí, diciéndole que un hombre que huía de una mujer ni era pirata ni era valeroso. Creí por unos instantes que me iba a estrangular. Y repentinamente se arrodilló, y cuanto me dijo lo llevo grabado en el corazón. Sigue soñando, Juana. Pero no siempre nos aparece el Príncipe Azul. Yo tuve esta dicha.

Cuando Mireya de Ferjus abandonó el palacio, Juana Pereña intenté en vano luchar contra su envidia de la marquesa que persiguió a su amor a través de mares de prejuicios.

Iba obscureciendo. La hora gris, triste, infinitamente impregnada de melancolía…

Juana Pereña, anhelante de bellas aventuras, reemprendió la lectura de la historia de Kharadin Barbarroja yendo a Nápoles en busca de una mujer…

CAPÍTULO V

La furia de Kharadin

Entre Roma y Nápoles, equidistante de una y otra población, existe una pequeña y antiquísima ciudad, denominada Fondi, que en todo tiempo ha sido célebre por la belleza de sus mujeres.

Sus llanuras son fértiles, y sumamente agradables.

En el siglo XVI existía en esta ciudad, que a la sazón era más bien un pueblo, un magnífico castillo, de tipo gótico decadente, coronado por un gran número de estatuas.

Era una verdadera mansión medieval, pero sin la austeridad de éstas, sino, antes bien, con todas las suntuosidades del glorioso Renacimiento.

Era, además, la época esplendorosa de los Médicis, de Julio II y de León X; la época de Miguel Angel, de Rafael y de los grandes coloristas venecianos, época magnífica precursora de la Reforma, época de prelados magnates, que se rodeaban de una pompa extraordinaria, que tenían toda una corte de artistas; época de paganismo religioso, de desenfreno en las costumbres.

Época en que las artes modernas se refundían al calor del clasicismo grecorromano, época, en fin, de luchas entre reyes y papas por la supremacía del poder y en que las repúblicas italianas de la Edad Media se empezaban a convertir en naciones.

En el año de gracia del 1534, moraba en el mencionado castillo de Fondi la mujer más célebre de su época, no sólo por su belleza incomparable, cantada por más de doscientos poetas italianos, quienes, unánimemente, la consideraban como la más acabada belleza de Italia, sino también por su superior cultura, su talento oco común y su extremada delicadeza.



...la mujer más célebre de su época...

Julia Gonzaga pertenecía a la ilustre familia italiana cuyos orígenes datan de las primeras Cruzadas. Luis I, príncipe de Sabbioneta y conde de Rodrigo, que murió en 1540, contrajo matrimonio con Francesca Fieschi, noble dama napolitana, con la cual tuvo tres hijos: Luis II, llamado Rodomonte, que vivió treinta y dos años, habiendo sido capitán pontificio y sumamente apreciado por Carlos V, que casó con Isabel Colonna, fallecía poco después en el sitio de Vicovavaro; Hipólita, la segundona, casó con Galeotto II, llamado Pico de la Mirandola, y Julia Gonzaga que nació en 1510.

Educada en un ambiente severo de familia, mitad político-religioso, mitad guerrero, Julia Gonzaga creció orgullosa de su belleza y de su noble cuna.

Sin embargo, al decir de sus contemporáneos, amaba, más que la vana ostentación, la virtud y la sabiduría.

Convenios familiares, imposibles de eludir, la vincularon al valetudinario duque de Trajetto, el anciano Vespasiano Colonna, que casi la cuadruplicaba la edad, y que, naturalmente, no pudo hacerla feliz.

En 1530, después, de breve tiempo de matrimonio, murió el viejo Colonna, dejándola dueña de inmensas riquezas.

Joven, rica, noble y dotada, de una extraordinaria hermosura, la joven viuda se vió asediada por una verdadera nube de adoradores, entre los cuales habíalos que en nada desmerecían de ella, en cuanto a abolengo y posición.

Su más ferviente adorador fué Hipólito de Médicis, que, según las crónicas, suspiró en vano a sus pies.

Julia, no sabemos si por altivez o porque amase la vida monástica, rechazó por igual a todos los pretendientes a su bella mano, y se encerró en su castillo de Fondi, dónde recibía lo más brillante de la sociedad romana y napolitana y los grandes dignatarios de la Iglesia.

La fama de la belleza de Julia Gonzaga había cruzado los mares y llegó hasta Constantinopla.

Solimán el Magnífico escuchó los relatos de los cautivos y peregrinos, que ponderaban al unísono las grandes gracias de la hermosa viuda.

Solimán, como buen oriental, era sensual, mas lascivo. Se enamoró al conocerla, de Julia Colonna.

Y un día llamó a Kharadin a su cámara.

—¿Qué quieres de mí, señor?—dijo el pirata, con acento en el que no había la menor señal de humildad.

—Te necesito. Una mujer me quita el sueño.

—Dime quién es, y mañana mismo la tendrás en tus brazos.

—Tú la conocerás. Es Julia Gonzaga.

—Dicen que es muy bella—agregó el pirata, súbitamente herida su imaginación por un pensamiento.

—¡Oh, sí, sí, muy bella, Kharadin! ¡Muy bella! Dicen que sus ojos son un lago de azules aguas. Muy bella...

Solimán suspiró melancólicamente.

—¡Ordena, señor, y tus deseos serán cumplidos!

Solimán no vaciló.

—¡La quiero!—dijo, con voz vibrante—. Tráemela, y pídeme lo que quieras.

Kharadin sonrió despectivamente... "Pídeme lo que quieras", repitió mentalmente.

—La tendrás—dijo, rápido, y salió.

Y mandó poner rumbo a Nápoles.

Las sienes le latían frenéticamente al pirata Kharadin, Barbarroja, al pensar en la desconocida belleza de Julia Gonzaga.

¿Cómo sería? Kharadin no acertaba a hacerse una interpretación concreta de la imagen de la hermosa mujer que había despertado tan impetuosa pasión en el alma de Solimán y más avasalladora en la suya.

Pues es de advertir que el pirata había decidido, súbitamente herido por una ráfaga de pasión, trabajar para sí, es decir, que el pirata Barbarroja quería su presa para sí, no para el Gran Señor, al que debía acatamiento y obediencia.

No ignoraba Kharadin los riesgos que entrañaba tal desobediencia a los deseos de su amo, pero en su espíritu indomable no existían disciplinas.

No temía a nada ni a nadie; si el Gran Señor se molestaba, ¿acaso no contaba con su valor, con su ciega acometividad, con el terror que inspiraba a las gentes su solo nombre?

¿Por ventura no era suyo el mar? ¿No era inmensamente rico y poderoso? ¿Qué le podía importar Solimán, con todos sus imperios y sus ejércitos, ante la esperanza de poder besar los deliciosos labios de la bella Julia Gonzaga?

¡Ah, qué hermosa debía ser! Kharadin se la imaginaba rubia, con dorados fulgores, opulenta de formas, llena de majestad.

En la altura de su dominio, Kharadin experimentaba ese complejo sentimiento que era como una especie de secreto deseo de sentirse dominado por la belleza de la mujer.

¡Qué deleitoso sería implorar una caricia de Julia y obtenerla! Ver como ésta la otorgaba con una sonrisa de complacencia.

Y luego..., lo que más inquietaba al pirata, lo que le hacía estremecerse convulso y abismarse en un océano de melancolía, era el misterio de aquellos ojos, de aquellas diáfanas y azulinas pupilas, en las que palpitaba una extraña emoción.

Todo era silencio y quietud a bordo de la “Tunecina”,” la nave capitana, en la que Kharadin Barbarroja se encaminaba hacia las costas italianas, con el firme propósito de raptar a la hermosa viuda...

Se apoderaría den Fondi; tomaría el castillo por asalto; mataría a sus defensores y se apoderaría de Julia...

Y con su preciosa carga se refugiaría en Zerbi, en aquel inaccesible nido de águilas. Luego enviaría emisarios al Gran Señor. Le contaría una mentira. Y después, ¡bah! ¿Acaso supo él nunca lo que haría mañana?

Kharadin, junto al bauprés, contemplaba el mar y pensaba en su empresa.

En sus labios había una sonrisa. Brillaban sus ojos.

En una vasta estancia de estilo ojival del palacio de la duquesa de Trajetto, cuyos muros estaban cubiertos por severos damascos, aparecían dos personajes que conversaban queda y pausadamente.

El primero era una joven de maravillosa presencia, ataviada de negro ropaje que hacía resaltar de modo prodigioso la belleza de su rostro.

La joven aparecía recostada en un alto sitial labrado; tenía entre sus finos dedos un breviario de iluminadas páginas, encuadernado en vitela y con aplicaciones de plata.

El otro personaje era un anciano de aspecto venerable, que vestía la púrpura cardenalicia.

Su nombre era el de Alejandro Farnesio, que no tardaría en trocar por el mucho más solemne de Pablo III, papa sucesor de Clemente VII, Julio de Médicis, sobrino de León, nombre con que es conocido en la historia de la Roma cristiana.

El cardenal ocupaba un sillón fronterizo al de la bella Julia Gonzaga con la que acababa de sostener una animada conversación sobre materias religiosas.

Alejandro Farnesio, a pesar de su carácter eclesiástico y de las grandes virtudes sacerdotales que sin duda lo adornaron, y que hicieron de su pontificado uno de los de más grato recuerdo, fué un hombre bastante mundano, que no desdeñaba de buscar la compañía de los nombres ilustres y de las mujeres bellas y espirituales, tales como la viuda de Vespasiano Colonna, por la que sentía un afecto paternal.

Con anterioridad a entrar en posesión de órdenes sagradas, Alejandro, había contraído matrimonio, del cual hubo dos hijos, varón y hembra.

Al primero lo creó duque de Fariña, a expensas de la Santa Sede, lo que no dejaron de criticarle sus enemigos, y a la segunda la casó con Bosio Sforza.

Hombre bondadoso, no demasiado intransigente para con las debilidades humanas, practicó el nepotismo en gran escala, hasta el punto de que en sus últimos días solía decir, según el salmista:

"Si yo no hubiese colmado de dignidades y riquezas a mis parientes, podría ahora comparecer ante Dios de un modo digno y exento de un gran pecado."

Por entonces, en el momento a que se remonta este relato, Alejandro Farnesio no era todavía más que cardenal y decano del Sacro Colegio, no obstante que su promoción al alto solio se diese ya como cosa segura, debido al mal estado de salud del papa Clemente VII, el cual, efectivamente, murió el 26 de septiembre de 1534, a los cincuenta y seis años de edad.

Reinaba gran intimidad entre la bella Julia y el cardenal, el cual solía visitarla con frecuencia, manteniendo con ella saludables pláticas sobre temas de caridad cristiana y sobre puntos de fe, pues el anciano cardenal había observado en la joven cierto principio de incredulidad, tal vez dimanada de la licenciosidad reinante a la sazón entre la alta clerecía.

Debe tenerse en cuenta que, más tarde, Julia Gonzaga hubo de verse acusada de herejía, terminando sus días en un convento de Nápoles. Mas esta es otra historia.

Acababa de oírse el toque del Angelus; el cardenal se levantó trabajosamente de su sillón.

En este momento se abrieron las puertas de la estancia y aparecieron los familiares del prelado, quienes ayudaron a éste a vestir el manto y cubrir su cabeza con el capelo.

Después de esto, el cardenal, tendiendo su rugosa mano a la joven, le dijo:

—Bien, hija mía; volveré y me seguiréis contando vuestras cuitas. Mas no perdáis la fe; os lo ruego muy eficazmente.

La bella viuda se arrodilló con toda unción, y besó el soberbio zafiro que fulgía en la diestra del prelado.

Después, éste, con gran cortejo de familiares y criados, recorrió los salones del castillo, con majestuoso paso, hasta la puerta.

Allí bendijo a la condesa de Fondi, y montó en el carruaje, que se alejó al instante.

Julia quedó sola en el castillo. Pasó a sus habitaciones particulares, donde se hizo servir por sus doncellas.

A las nueve, tras de haber permanecido unos momentos en el oratorio, se acostó.

No pudo conciliar el sueño. Cierta extraña desazón, completamente inexplicable para ella, la atormentaba de un modo cada vez más intenso.

Era como el presentimiento de un vago temor, algo que la mantenía despierta a su pesar.

Temió la condesa que este malestar fuera una tentación del Maligno, una mala sugestión de aquel espíritu que había suscitado dudas religiosas en su mente.

Y como Julia Gonzaga era fervorosa cristiana, trató de ponerse en guardia contra el peligro, revistiéndose de toda su serenidad y acudiendo a la oración.

Julia Gonzaga rezó férvidamente.

De un modo lento, la naturaleza fué recuperando sus derechos. Aquellos hermosos párpados se velaron y la bella joven se durmió.

¿Cuánto tiempo duró su sueño? Jamás lo supo. De improviso resonaron grandes y repetidos golpes dados contra la puerta de su aposento.

Julia, que habíase dormido rendida, tenía el sueño duro aquella memorable noche.

Loa golpes seguían cada vez más violentos contra la puerta, detrás de la cual se oían voces femeninas que decían:

—¡Abrid, abrid, señora!

Julia despertó sobresaltada. Se incorporó.

—¡Por la Virgen Santísima, abrid, señora!... ¡Os amenaza un grave peligro!

—¿Qué ocurre?—gritó entonces serenamente la joven.

—¡Abrid, por Dios, abrid! Peligra vuestra vida.

Calzó las chinelas la duquesa de Trajetto, echó sobre sus hombros un finísimo peinador y corrió a abrir la puerta de su aposento.

Dos mujeres, sueltos los cabellos, envueltas en camisones, descalzas y con el terror pintado en el rostro, se precipitaron, gimoteando lastimeramente, en el dormitorio de Julia.

—¡Señora, señora, qué gran peligro!...

—Pronto, decid qué sucede.

—¡Los piratas atacan la ciudad! ¡Es Barbarroja, ese aborto del infierno!

—¿Qué decís?.. ¿Estáis locas?.. ¿Barbarroja? ¿No sabe ese pirata que mi castillo está bien defendido?

En este momento sonó un estampido, seguido de una descarga de arcabucería.

—¡Señora, corred, corred, poneos a salvo!

—No haré tal... Si Barbarroja quiere mis joyas, tendrá que vencer a mis hombres.

—¡Oh, señora, es un hombre temible!... Vienen con él muchos bandidos. Caeréis en su poder... ¡Y sois tan hermosa!

—Callad.—Sonó un nuevo estampido; desde el castillo comenzaban a hacer fuego. —¡Callad un momento!

De pie, en el centro de la estancia, la hermosa Julia, pálida, reflexionaba.

Había oído hablar de Kharadin Barbarroja; conocía con detalle todas sus proezas. Como mujer que era no había dejado de admirarlas en alguna ocasión, por lo que tenían de audaces.

La audacia, el valor y aun la fuerza bruta hallan generalmente en la mujer más admiración de la que comúnmente se supone.

Sabía que Barbarroja era cruel; los relatos, que tenían un aire vago de leyenda, decían que para él no existían más leyes que la satisfacción de sus brutales apetitos.

Julia sabía por experiencia las codicias que su belleza y sus riquezas habían suscitado en los hombres.

Le aterrorizaba la idea de caer en poder de aquel bandido, que la sometería al más duro cautiverio y que luego la vendería como esclava en cualquier bazar árabe o turco.

Por otra parte, ¿sería posible hacer frente a las huestes frenéticas del pirata? Julia temió que no fuera posible.

Mientras se hallaba absorta en estas tristes reflexiones, toda la casa se había puesto en conmoción; la antecámara de la duquesa de Trajetto habíase llenado de servidores, todos a medio vestir, lívidos

los rostros y presa del mayor pánico.

De improviso dejóse oír un griterío ensordecedor; eran como aullidos de lobos hambrientos.

Un vivo resplandor rojizo iluminó la estancia; la ciudad hallábase entregada a las llamas. Pronto le tocaría el turno al castillo.

Julia, dominada por una gran nerviosidad, dió varios paseos por la estancia. Por fin, se decidió:

—¡Petrucchio!—gritó.

De entre el grupo de servidores que se hallaban en la antesala, se destacó un mozalbete.

—Ensillad al instante dos caballos y aguardad junto a la puerta secreta del jardín...

Y volviéndose hacia sus atemorizados servidores, les dijo:

—Sin duda Barbarroja viene a por mí. Seguramente respetará vuestras vidas. Dejadle el paso franco, en cuanto yo haya partido. No le opongáis ninguna resistencia. Que se apodere de todo cuanto quiera; es la única manera de poderos salvar.

Dicho esto, Julia echó sobre sus hombros una capa de terciopelo negro y se dirigió hacia la puerta secreta del jardín, donde la aguardaba Petrucchio con los caballos.

Un minuto después la bella duquesa de Trajetto galopaba en su yegua blanca camino de Mola di Gaeta.

La crónica añade que la bella Julia no tuvo un viaje muy feliz, por cuanto que Petrucchio hubo de pretender algo que la duquesa de Trajetto no estaba dispuesta a conceder a nadie, y menos todavía a un zafio criado.

Brantome, el galante historiador, añade que la condesa de Fondi, en su huida, hubo de tropezar con una partida de “Condottieri”, los cuales la respetaron, aunque el referido Brantome dice que no cree tal finura y sacrificio.

Mas, sea como fuere, se pierde la pista de la bella Julia Gonzaga, de la cual sólo se sabe que murió más tarde en un convento napolitano.

Kharadin Barbarroja quedó burlado en su propósito. Cuando llegó al castillo y vió que el pájaro había volado, le acometió una terrible cólera, espantosa.

Su furor llegó a ser algo verdaderamente mitológico; se le

inyectaron las pupilas de sangre; los puños se le crisparon en un ansia terrible de triturar; sometió a las más crueles torturas a los moradores del castillo; mandó recorrer por sus hombres aquellos contornos con la vana esperanza de que se apoderaran de la fugitiva.

Mas todo inútil; Julia estaba ya a salvo.

Entonces Kharadin entregó la ciudad al más despiadado saqueo, que duró por espacio de cuatro horas. Todo fué saqueado, incendiado, arrasado, violado...

Kharadin colmó su ferocidad con un acto de crueldad inaudita. Ordenó que llevasen a su presencia todas las mujeres jóvenes del contorno.

Entre ellas las había de una gran belleza, pero ninguna igualaba a la de la hermosa Julia Gonzaga, que el pirata no había podido llegar a ver.

Barbarroja, entonces, eligió trescientas muchachas, las más hermosas de todas, y las llevó cautivas hasta una galera turca, en las que fueron embarcadas, haciendo rumbo a Constantinopla.

Cuando la galera se encontró en alta mar, Kharadin mandó abrir muchos boquetes a la embarcación, la cual se hundió para siempre, arrastrando consigo a las jóvenes italianas, víctimas de la ferocidad del bárbaro pirata.

Una inscripción que hay en Sicilia dice:

“Infamia eterna sobre Kharadin Barbarroja,
el pirata de Argel a quien parió una loba rabiosa.”

Después de este hecho memorable, el pirata siguió siendo más que nunca el azote de los mares y de las costas.

En 1538 asoló las costas de Menorca, amenazando Mahón.

Apoderóse de las islas Jónicas, y en el golfo de Artá se enfrentó de nuevo con el almirante Doria.

Recorrió el Adriático, sembrando el terror a su paso, y haciendo millares de prisioneros, entre los cuales se hallaban miembros de las más honorables familias de Venecia, que hubieron de pagar su rescate a peso de oro.

A título de homenaje, Kharadin mandó a su señor Solimán doscientos muchachos vestidos de escarlata, para convertirlos en eunucos.

Se apoderó de Castelnuovo, en la Dalmacia, y realizó otras mil

fechorías.

Fué el día 25 de septiembre de 1538 cuando se volvieron a hallar frente a frente los dos más grandes marinos y los hombres más valientes de su siglo: el almirante Doria y Kharadin Barbarroja.

El almirante, bien fuese por las derrotas que ya había sufrido, bien porque se hubiese hecho viejo, estuvo vacilante.

Hasta el día 28 no se entabló la gran batalla, en la cual una vez más Kharadin Barbarroja dispersó y aniquiló a la flota cristiana.

Después Barbarroja se alió con Francia. Francisco I acudió en ayuda de los musulmanes, para poder llegar a un arreglo en sus disputas con el emperador Carlos y respecto de la línea divisoria que separaba las propiedades ultramarinas de España y Portugal.

Barbarroja pasó a Marsella. En el camino, cerca del estrecho de Mesina sostuvo una nueva: contienda con el gobernador de Reggio.

Hizo numerosos prisioneros, entre los cuales hallábase una joven, de la que el pirata se enamoró apasionadamente, a pesar de su edad, y con la cual se casó.

Pasó sus primeros días de luna de miel en Civitavecchia. Pasó después a Marsella, donde fué recibido triunfalmente; de allí a Tolón, donde llevó una vida sibarítica, si bien de vez en cuando, como un poderoso monarca, mandaba alguna escuadra a recorrer mares y apresar galeones.

Los franceses llegaron a considerar excesivamente costosa la permanencia del pirata entre ellos y decidieron alejarlo; pero Barbarroja exigió una fuerte suma, que le dieron.

Entonces Kharadin, cuyos cabellos ya eran completamente blancos, se embarcó por postrera vez, volviendo al Bósforo.

Sus últimos días los pasó vigilando la construcción de una magnífica mezquita y un soberbio mausoleo, donde fué enterrado en 1546, fecha en que murió.

Después de su muerte circuló una extraña leyenda: se dijo que, por cuatro o cinco veces, su cadáver había aparecido muy lejos del lugar en que había sido enterrado.

Entonces un griego que era nigromante y dado a brujerías, aconsejó que junto al cadáver del pirata se enterrase un perro negro.

Así se hizo.

Cuenta la crónica que desde entonces no volvió a moverse el

cadáver del poderoso Kharadin Barbarroja.

CAPÍTULO VI

El Príncipe Azul

Después de la cena, regresó Juana Pereña a sus habitaciones. Por antiguo privilegio, todo el parque del ala izquierda pertenecía exclusivamente a las familiares del virrey.

Por espacio de largo tiempo, apoyada la frente en el cristal, estuvo la hija del virrey contemplando el parque y los jardines iluminados espectralmente.

Llamó a su doncella para que la desvistiera y procediera a su tocado nocturno.

Sueltas las trenzas, ahuecados los rizos y cubriendo un finísimo camisón con peinador profusamente adornado de bordados en celaje, Juana Pereña quedóse sola, tendida en el lecho demasiado amplio.

Su bien formado busto alzábase y descendía a compás de una respiración entrecortada.

Pensaba en los presentimientos de Julia Gonzaga... Al menos ella había suscitado la codicia de un pirata, que, por raptarla, no vaciló en atacar la costa italiana.

Levantóse, para volver a contemplar el parque. Echando sobré sus hombros un chal, andando sigilosamente, dirigióse a su favorito lugar de ensoñación.

El estanque donde los nenúfares fingían pequeñas islitas cabrilleaba reflejando luz lunar.

La atmósfera era límpida, diáfana. Y, de pronto, Juana Pereña llevóse las dos manos al seno, como si quisiera evitar que su corazón se escapara.

Saliendo de las malezas circundantes y atravesando el meticuloso seto podado, un hombre se acercaba.

Andaba lentamente, echando miradas hacia atrás, en la diestra una espada desnuda.

Un hombre alto, fuerte, cuyos rojos labios crispados en mueca de dolor mostraban dientes blancos, resaltando de la piel bronceada.

Tenía el elástico andar de un felino o de un zíngaro.

Vestía calzas de marino, altas botas. Ceñía su estrecha cintura una ancha faja roja de seda.

El amplio tórax hinchaba una blanca camisa de seda. De la oreja derecha pendía un arete de oro.

Los verdes ojos, grandes y de felino resplandor, bañados de luz lunar, miraban como alucinados.

Aproximábase hacia el estanque... De su frente manaba sangre en abundancia, que iba apartándose con la mano zurda.

Llegó junto a Juana Pereña, y con voz bien modulada, levemente enronquecida, grave y acariciante, dijo, a la vez que se arrodillaba:

—Ángel o espectro de rosa... Si eres genio tutelar de esta fronda, condúceme a la gruta de las maravillas, donde pueda morir libre y sin cadenas...

Como una muñeca dotada de movimientos artificiales, levantóse la hija del virrey.

Su diestra, pequeña, fría en glacial temor anhelante, desapareció en la ancha palma de Frasco Zarzales, que había envainado, y, en pie, seguía mirando fijamente a la hija del virrey. Ella echó a andar...

—Me persiguen... Me acosan... Maté a varios, pero me hirieron, y derribaron mi caballo. Y prefiero morir abriéndome las venas a dentelladas, que caer preso. Siempre libre fui, y eso es mi tesoro. Ángel o espectro de rosa, hay en tu manecita gelidez de ilusión evanescente...

Apretó ella el paso, porque distinguía atravesando la maleza una alta silueta que, espada en mano, buscaba...

—¡Apresuraos, caballero!

—Tu voz es blanda como lluvia de pétalos. Y en tus asustados ojos hay cielo, vida, plenitud... Bienvenida la muerte si mi postrera visión es la tuya. Seas quien seas, tu Dios te bendiga.

Al fondo del parque, un pequeño pabellón erigíase. Estaba

destinado a guarecer los días de ardiente sol.

Abrió Juana Pereña la puerta y en el obscuro recinto desprendió su mano repentinamente, como si ardiera la ancha palma fuerte y tibia del desconocido.

—¿Quién sois?—halló el valor de preguntar, porque la obscuridad le devolvía fuerzas.

—¡Qué importa! Un vagabundo, un trovador errante, que buscó en vano amores y halló placer que hastía. Un caminante de mil senderos que halló goce en favorecer al pedigüeño y en humillar al altivo sin alma.

—Estáis... herido...

—Tu voz, tu aliento, tu proximidad son el bálsamo más poderoso.

—Debo irme—dijo ella, incongruentemente.

—La noche empieza. A solas en la penumbra, manará de mi frente la sangre hasta la última gota... Ten este negro pañuelo... Envuelve tu mano en él. Aplícalo en mi frente... y viviré... Por el ensueño de una noche, mañana al amanecer presto estoy a que el verdugo castigue mi osadía de querer aferrar un ángel.

Juana Pereña echó hacia atrás la cabeza, dobló el talle, sujeto en el musculoso antebrazo de Frasco Zarzales..., y creyó estar bajo los efectos de un sueño natural, del cual pronto iba a despertar, para amargamente llorar su brevedad.

—Mis ojos ven la pureza de tus labios. Labios dibujados por pincel de arcángel... ¿Qué importa despertar y abrazar el vacío inconsolable de un infinito anhelo? Ahora, en este momento, soy el hombre más rico y poderoso del orbe. Abrazo una ilusión...

La voz grave, ronca, acariciante, conturbaba los sentidos de la hija del virrey.



—¿Cuál es vuestro nombre?

Sentía por su piel escalofríos que la recorrían. Y contra su rostro un hálito tibio semejaba beso ingrávido.

—Eres bella como el ensueño de mis noches solitarias... Pálida, con blancura de azahar... Oro en anillos, rubia seda de novia... Azul de cielo en tus ojos... Dime, novia de mi ilusión..., ¿quién eres? Temo que despliegues blancas alitas y te remontes lejos, muy lejos..., dejándome solo, aterido de frío, de nuevo envuelto en el sudario de mi soledad.

—Soy...

—No lo digas—atajó él, y sus labios rozaban las sienes, donde las tenues venas palpitaban—. ¿Qué importa quién pienses ser? Eres mi novia, que en obsequio cruel, los dioses burlones me dan, me dejan abrazar..., para, al primer rayo de sol, quedarme a solas... No tienes nombre... Eres la ilusión hecha carne por unos instantes... Es mi herida... Deliro... Pero quiero delirar eternamente, si entre mis brazos he de percibir la prieta armonía de tu alma hecha cuerpo, y ante mis ojos tu faz virginal, que no sabe de amores, ni de caricias, ni de pasión...

La alusión a delirio hizo que la hija del virrey musitara:

—Desamor me aqueja.

—Y por él tus ojos son anchos, luminosos, avizorantes. Buscan en la noche al que como tú, gemela alma, se postra arrodillando su corazón, porque por unos instantes de delirio vive siglos de éxtasis. ¡Nunca despertar! ¡Oh, dioses, dadme muerte!

El tiempo que duró el silencio tuvo para Juana Pereña excelsitudes de sensaciones ignotas.

Y de pronto cerró los ojos, temblorosa y próxima al desmayo. Recibía el primer beso de amor.

Con unción de místico fanático, Frasco Zarzales, en prolongado beso, olvidaba pasados turbulentos, amoríos fugaces y pasiones devoradoras. Tenía entre sus brazos a la mujer que desde su llegada a Latacunga constituía para él una obsesión romántica.

Y supo mentir, para salvaguardar el pudor de la joven.

—¡Delirio paradisíaco!... ¡Dadme muerte, oh, dioses crueles!... Os burláis, de mi soledad de perseguido...

Separóse de ella, tambaleóse y lentamente se desplomó, fingiendo desmayo.

Con un leve grito asustado, Juana Pereña corrió hacia la puerta, presta a llamar en auxilio a su doncella.

A tiempo, se contuvo. Corrió a cerrar ventanas, halló a tientas la vela junto a la cual había pedernal...

Cerró la puerta. Y la vela arrojó una luz mortecina, sobre el que en el suelo seguía como exánime.

En un jarro de agua introdujo Juana su chal, con cuyo extremo empapado fué restañando la sangre de la frente.

Después, se miró... Había sangre en sus albos ropajes...

Y no la asustó. Miró al hombre tendido, cuyos rasgos denotaban audacia, decisión...

¿Un pirata?

De pronto, vió el pañuelo de negros encajes que sobresalía del ancho cinto.

Y suavemente lo extrajo para esconderlo en su seno.

Por entre sus entornados párpados Frasco Zarzales veía... Movió la cabeza, incorporóse a medias sobre un codo...

—¿Dónde estoy?.. He delirado... ¿Quién sois?

—Estáis a salvo. Nadie penetrará aquí.

—¿Quién sois?

—Juana..., la doncella de la hija del virrey.

—Idos, Juana... Si os vieran conmigo correríais suerte atroz. Idos, os lo suplico.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Frasco Zarzales. Vulgar...

—Aquí estáis a salvo. Yo os traeré cordial, vendajes y alimento. Dadme palabra que no huiréis.

—Es extraño, Juana... En mi delirio erais vos la que me alentaba a vivir... Vuestra imagen me infundía esperanzas... No todo era soledad y jauría...

—Reposad, Frasco Zarzales.

—Vuestros labios tiemblan. Sois bondadosa, pero no puedo consentir que me ayudéis. ¡Soy...!

—No quiero saberlo.—Y aplicó ella los dedos sobre los labios masculinos. —Debo irme... Podrían notar mi ausencia. Mañana al amanecer os vendré a visitar. La llave con que cerraré por fuera es la única y la poseo yo. Dormid...

—Soñaré... tratando de revivir mi delirio. Y susurraré vuestro nombre, porque sois ángel de bondad... Deliré, y vi a una imagen conduciéndome... Debí entrar aquí y asustaros... Estoy fatigado, Juana. Mañana, al amanecer, seré otro, coherente...; pero mis ojos ya no podrán apartarse de una deliciosa visión... y os miran.

Volvió a tenderse el aventurero... Juana Pereña colocó bajo la cabeza varios almohadones. El tapiz del suelo era mullido.

Los verdes ojos felinos de Frasco-Zarzales miraban con fijeza a la hija del virrey.

—¡Sois vos el ángel de mi delirio! ¡Sois vos, pues, mi ilusión hecha realidad! Perdonad mi osadía... Hablar así a quien por caridad me favorece, es impropio de caballeros... De humilde cuna nací, pero una enseñanza la vida me ha dado... Todo se redime, todo lo amargo se esfuma, cuando ante nosotros vemos que ángeles se visten de mujer para derramar ternura, pureza y bondad...

Por varias veces, después de cerrar los ojos, musitó Zarzales el nombre de la hija del virrey. Después, acompasó la respiración.

Con gran esfuerzo logró Juana arrancarse de la contemplación del enigmático personaje, que suponía “Pañuelo Negro”.

Alejóse de puntillas, cerró suavemente la puerta y sin contratiempos llegó a su alcoba.

Creyó no dormir en toda la noche, y que el alba nunca llegaría.

Durmió... La emoción de haber hallada, por fin, su Príncipe Azul, había sido violenta..

Un rayo de sol acarició su rostro. Fué como si un carbón ardiente la quemara.

Su Príncipe Azul la esperaba.

CAPÍTULO VII

Un enemigo inesperado

Genaro Rivera, amanuense, habíase prometido dos años antes a Consuelo Alvarado, nieta de próceres, e hija de pródigos.

A raíz de la muerte de Úrsula Alvarado[3], su hermana Consuelo, deseosa de venganza contra el duque Morosini, estaba dispuesta a todo.

Pero, dócil y sumisa, aceptó como muy lógicos los razonamientos de su prometido, el cual, sin gran dificultad, le expuso la principal objeción; tanto si él, como ella, ejercían cualquier acto vengativo, aunque justo, contra el embajador veneciano, quedaría en evidencia el secreto deshonroso que había inducido a Úrsula Alvarado a darse muerte.

Genaro Rivera, con ello, evitábase la viril obligación de salir en defensa de la honra de la hermana de su prometida.

Fué entonces cuando Consuelo Alvarado, dando creencia al rumor popular que atribuía a Diego Lucientes la doble personalidad de "Pañuelo Negro", acudió el aventurero en demanda de ayuda.

Los ulteriores acontecimientos, parecieron ratificar el rumor de que el bandolero que en dos apariciones era ya pábulo de todas las conversaciones, era Diego Lucientes.

El amor que éste resintió hacía Consuelo Alvarado, hizo que ésta, con cándido remordimiento, como si se considerara culpable, o estimara imprescindible el no ocultar nada a su prometido, relatara a Genaro Rivera su última entrevista con Diego Lucientes.

Añadiendo que no cabía duda de que el pelirrojo aventurero era Pañuelo Negro, si bien como era natural, lo negaba...

Y Genaro Rivera, angustiado a diario por la esclavitud de su trabajo, sin esperanzas de mayor fortuna, y prometido a una mujer

que si bien amaba, no aportaba dote ninguna, fué acariciando una ambición.

No sólo recibiría los plácemes del Virrey, y seguramente un ascenso en su trabajo, sino que entraría en posesión de mil onzas de oro, la recompensa ofrecida por la captura de “Pañuelo Negro”.

Además, en su cobardía, empezó a temer, que si algún día se supiera que tanto él como Consuelo, conocían la identidad del misterioso enmascarado, y lo habían callado, incurrirían en la penalidad del pregón que también en proclamas especificabas claramente que los cómplices o encubridores serían castigados con las mismas torturas que el propio perseguido.

Pero decidió no decir nada a Consuelo Alvarado: su prometida era demasiado tímida y tenía un concepto absurdo del agradecimiento.

A la salida do los almacenes donde prestaba sus servicios como amanuense, Genaro Rivera, reunióse con otros dos escribanos, jóvenes como él, y también ambiciosos en imaginación, aunque obtusos en hechos.

—Quiero hablar con vosotros— anunció Rivera.

—Nuestras novias esperan, Genaro.

—Es mucho más importante lo que quiero revelaros. ¿No os gustaría ganar cada uno de vosotros cincuenta onzas de oro?

—¡Pregunta capciosa!

—¿Cincuenta onzas de oro? Mis pagas reunidas de todo un año. ¿Te burlas de nosotros, Genaro? ¿Dónde está esa fortunita?

—Yo puedo conduciros a obtenerla sin mucho riesgo.

—Ah... Pero, ¿hay riesgo?

—Nada se obtiene sin riesgo. Venid, que acá podrían oírnos. Yo invito. Nos encerraremos en uno de los cuartuchos de la taberna de Pascasio.

Intrigados, los otros dos jóvenes siguieron al prometido de Consuelo Alvarado, que poco después, y estando ya encerrados en lóbrego cuartucho, ante sendos jarros de mistela, adoptó inconscientemente un aire de conspirador para preguntar:

—¿Habéis oído hablar de “Pañuelo Negro”?

—¿Quién no? Es la comidilla continua.

—Vosotros dos sois mis amigos y es tengo entera confianza. Suponed que ponga a prueba esta confianza.

—Hazlo sin temor.

—Juradme que de cuanto os diga nada repetiréis.

—Muy serio te pones, Genaro.

—Es que el asunto no es para menos.

—Yo te aseguro que para ganarme cincuenta onzas de oro, si no hay mucho riesgo, puedes disponer por entero de mí, y te juro la más completa discreción.

—Yo sé quién es “Pañuelo Negro”.

Su declaración produjo en los dos oyentes, un estupor profundo, y ambos demostraron a las claras su pasmo.

—Ya sabéis—añadió Genaro Rivera—que si acudo a los soldados, me darían cien onzas, por informar. Y he pensado, que con vuestra ayuda puedo ganar las mil monedas de la captura, y vosotros os encontráis inesperadamente con cincuenta onzas.

De los dos compañeros de trabajo de Rivera, uno de ellos, Celestino Gracia, era capaz de vender su alma por cuatro monedas, pero también era medroso y poco amante de aventuras peligrosas.

Expuso su recelo:

—No dudo que sabrás quién, es el espadachín de los negros encajes, pero… ¿has reflexionado bien el alcance de tu decisión? Capturar a un bandido que maneja tan diestramente las armas es empresa en que puede uno perder la vida.

—No. Es un riesgo que no correremos los tres juntos. Os explicaré cómo—y prudentemente Rivera, que no fiaba de sus compañeros, aunque los necesitaba, ocultó el nombre del que se disponía a capturar—, podremos ganar este dinero, y ser felicitados, con posible mejoría en nuestra posición, ya que por el decreto del virrey, es considerada labor patriótica la detención de “Pañuelo Negro”, al haber éste dado muerte al embajador veneciano.

—En todo eso estamos de acuerdo —repuso Gracia—. En lo que disiento es en tu fácil suposición de capturar al enmascarado.

—Ese personaje, sin máscara, recibe visitas, y no le extrañará que nosotros tres, con el pretexto de darle noticias que le sirvan para su trabajo, le vayamos a ver. Yo hablaré, y estaré en primer término. Vosotros, bajo vuestras capas, tendréis pistola amartillada, y no vaciléis en usarla, si hay peligro. Mostradlas, cuando yo lo diga. Y yo correré el riesgo mayor, puesto que amarraré al que no presentará lucha. ¿Vacilará, Celestino?

—Y yo también—intervino el otro. —No somos gente de pelea. En cambio este bandido estará dispuesto a vender cara su vida.

Celestino Gracia después de oír las nuevas argumentaciones persuasorias de Genaro Rivera, opuso una contraoferta:

—Te ayudaremos, Genaro. pero como el riesgo que corremos es igual para los tres, pido un reparto equitativo, a tercios. Cada uno de nosotros, percibirá la tercera parte de la recompensa.

—¡Inaudito! — protestó Rivera—.¡Yo soy quien sabe la personalidad que se esconde tras la máscara de encajes!

—¿Y qué? — rebatió cínicamente Gracia—. Sin nosotros, tú solo, no puedes hacer este negocio.

—Seguro—acotó el otro.

—Bueno, pues nada hemos hablado dijo Rivera, levantándose, y fingiendo dar por terminada la charla.

Celestino Gracia contrajo las cejas en mueca burlona:

—Te has olvidado de algo importante, Genaro. Te has olvidado de que nosotros dos, sin tu ayuda, podemos ganar cien onzas.

—¿Y cómo?—inquirió temeroso Rivera, aunque casi adivinaba la respuesta del otro. —Podríamos ir al Virrey, y decirle que tú sabes quién es “Pañuelo Negro”. No te enojes, Genaro... ¿Somos o no amigos, y caballeros leales? Tienes sensatez, y por lo tanto, la cosa está clara. Iremos ahora a por tres pistolas, tú mandarás, y capturaremos a “Pañuelo Negro”. Después partiremos a igual la recompensa. Es la solución natural. ¿De acuerdo?

Meditó Genaro Rivera, unos instantes.

—Bueno, de acuerdo. Seguidme.

Diego Lucientes estaba pensando en su nueva amistad. ¿Era Frasco Zarzales un ser sin escrúpulos que quería abusar del romanticismo de la soñadora hija del Virrey?

Creía sinceramente que no. Preciábase de conocer a los hombres, y adivinaba la hombría del sevillano, que si bien había acudido a una estratagema para granjearse el interés de Juana Pereña, no era capaz de mala acción.

Veíasele de noble alma y...

Levantó Lucientes la vista de la blanca hoja, en la cual pensaba escribir una de las crónicas de Genoveva Lirio.

La sala de “La Voz del Hurón estaba desierta. No le extrañó la presencia de los tres recién llegados, que surgiendo de las sombras

del primer trecho de la sala estaban ahora inmóviles en la zona iluminada donde estaba Lucientes tras su mesita.

Eran muchos los que acudían, aportando informes y noticias que consideraban útiles a los redactores de “La Voz del Hurón”.

—Buenas noches, caballeros—saludó Lucientes.

Nada en el aspecto de los tres visitantes, disponía el ánimo del aventurero a la menor alarma. Los tres aparentaban lo que eran: tres escribanos de raídas ropas limpias y rostros carentes de energía.

Avanzó Genaro Rivera, pálido:

—¿Sois don Diego Lucientes?

—Soy.

—Mis dos acompañantes os están apuntando... ¡No os mováis si en estima tenéis vuestra propia vida!

El propio temor hizo que Genaro Rivera precipitara los acontecimientos.

Los otros dos, sacaron de debajo de sus capas las pistolas que con mano no muy segura enfocaron rectamente hacia el cuerpo del hombre sentado.

Genaro Rivera, envalentonado, mostró su pistola.

—No os resistáis.

—Repámpanos... Ni me resisto ni me muevo ni resuello, señor. Pero, justo y legítimo es que manifieste mi más absoluto desconcierto. ¿A qué obedece todo esto?

—¡No os mováis!

—Diablos... Ya os digo que no pienso moverme, pero dejadme respirar. ¿Estáis en vuestros cabales o acaso erróneamente estáis empuñando pistolas contra otro?

Por un instante pensó Lucientes, que los presentes podían ser personas afectadas por alguna de sus crónicas, y que enterados de que él era quien firmaba “Genoveva Lirio” acudían a vapulearle.

Pero, Genaro Rivera le sacó de dudas, diciendo amenazador:

—Os mataremos como a un perro, si presentáis resistencia. ¡En nombre del Virrey os detenemos, “Pañuelo Negro”!

—¿Sí?—gruñó Lucientes sin desconcertarse—, Pues en nombre del Virrey, os envío a freír espárragos, muy señores míos. Ni soy “Pañuelo Negro”, ni me detendréis...

—Cuidad vuestros actos — advirtió temblón Genaro Rivera—. Somos tres, estáis desarmado, y moriréis si...

—Dejadme de monsergas, señor— dijo Lucientes que seguía sentado y sin hacer movimiento alguno hacia su colgante cinto, que pendía de un clavo a sus espaldas—. Razonemos. ¿En qué os basáis para asegurar que soy tan citado enmascarado?

—No discutamos... Tended las manos para que os las ate.

—Lo haré, que no pienso oponerme a la razón indiscutible de tres pistolas, muy peligrosas. Peligrosísimas... porque se ve que poca costumbre tenéis de andar con ellas, y la vida me ha enseñado a temerle más a arma mal manejada que a diestro matachín. Pero os quiero evitar una molestia innecesaria. El Virrey sabe que no soy yo el tal bandolero.

—Yo demostraré que lo sois.

—Hacedlo ya.

Pero cuando Genaro Rivera disponíase a hablar, revelando lo que por su novia sabía, sobresaltóse, y miró alarmado hacia atrás, donde acababa de oír dos resuellos en apagado gemido...

Surgiendo también de las sombras, dos individuos acababan de saltar, y con experta habilidad, cabalgando como si en vez de dos escribanos fueran dos corceles, montaban las espaldas de Gracia y el otro, torciéndoles hacia atrás el cuello con brusco manotazo a modo de mordaza en la boca, y asestando recio manotazo en la pistola, haciéndola caer, mientras Lucientes, aprovechando la repentina alarma de Genaro Rivera, retorcíale la armada muñeca, cogiendo la pistola.

Juan Pérez y Lucio Agudo, los dos improvisados jinetes, tenían ya a sus asaltados en postura inerme, manteniéndoles por detrás doblados los brazos.

Al igual que habíanse deslizado sigilosamente, recordando antiguas prácticas piratas, ahora permanecían aprisionando a los dos asustados escribanos, silenciosos por la agresión contra sus labios de una mano poco delicada.

Y Genaro Rivera, empavorecido sudó copiosamente, viéndose apuntado por la misma pistola que poco antes amenazaba al que ahora, sentado de nuevo, la usaba a modo de puntuación a sus palabras:

—Providencial llegada la de eso dos amigos míos que han vuelto la tornas a mi favor. Antes dijisteis que erais tres y mandabais. No sois ahora nadie y mando yo. ¿Quién sois?

—Genaro Rivera.

—¿Eh?—murmuró Lucientes tratando de recordar dónde había oído con anterioridad este nombre.

Y de pronto, con repentina amargura, recordó que era el nombre del prometido de Consuelo Alvarado.

—¿Os envía ella?

—Nada sabe ella—reconoció sinceramente Rivera.

—Pero por ella supisteis… Escuchad, Rivera. Tengo grandes deseos de pegaros un pistoletazo y así quedaría libre Consuelo, pero quizás el Virrey estimara que complico las cosas. Vos y vuestros dos borregos, os vais a largar, agradeciéndome que me sienta generoso. Id raudos a ver al Virrey y decidle que os creíais que yo era 'Pañuelo Negro". ¡Venga, presto! Ahuecad!

Los tres escribanos no se hicieron repetir la invitación. Corrieron sin detenerse hasta que llegaron al palacio virreinal. Genaro Rivera recibido a solas por el Virrey, relató lo recientemente sucedido, y marchóse convencido de que no sólo había perdido una ocasión de ganar dinero, sino que en realidad no era Lucientes el misterioso bandolero, por cuya captura muchos andaban interesados.

Tras la veloz salida de los maltrechos amanuenses, Diego Lucientes miró con cierta sospecha a los dos piratas, que continuaban en silencio como si nada hubiera ocurrido.

—Yo no puedo creer en angelitos de la guardia que tengan— vuestra catadura. ¿Cómo rayos habéis aparecido tan oportunamente?

—Orden tenemos, señor Lucientes, de sólo replicar de una manera a vuestras preguntas—dijo Lucio Agudo cohibido—. Indicaros que nuestro jefe os dará cuantas explicaciones pidáis.

—Vaya… Una diplomática manera de enviarme al cuerno, ¿no?

—Cumplimos órdenes, señor Lucientes—se excusó Juan Pérez.

Cogió Lucientes su cinto, que se ajustó. Señaló las tres pistolas.

—Recoged el botín—dijo sonriendo—. Podré pecar de muchos defectos pero no del de acusar injustamente. Vosotros cumplís órdenes del hidalgo Lezama, ¿no?

—Así es, señor Lucientes.

—Entonces tan amigos. Pero… por seguro doy que me estabais vigilando, ¿no?

Los dos piratas encogiéronse de hombros, evasivamente,

demostrando con evidencia que no dirían nada más de lo que les estaba permitido.

Diego Lucientes al pasar junto a ellos, les palmoteo el hombro.

—Seguro que no os gusta acecharme. Pero comprendo que no por eso vamos a reñir. Hablaré con nuestro jefe.

* * *

El Pirata Negro acogió la llegada de Lucientes con amplio saludo henchido de voluntario sarcasmo contenido.

—Hola, don Diego. He hablado ya con tus dos compañeros de nocturnas partidas de naipes. Parece ser que con gran inteligencia, cualidad que es tu principal característica, has adivinado que Juanelo y Rucio te servían de sombras invisibles. Te acaban de sacar de un apuro, porque a nuestro entender, es más peligroso vernos con la boca de pistolas de aficionados, que con el abismo de cañones piratas. Espera, espera, don Diego, que estoy hablando yo... Les impuse a ambos la misión de espiarte por dos razones. Primera, a modo de castigo, por haberse juramentado contigo la nochecita en que te dió por jugar a bandolero. Y segunda, porque el Virrey sabe que te vigilo al igual como a los demás de mi tribu, ya que tengo la obligación de desenmascarar al que con negros encajes, me está comprometiendo.

—¿Desde cuando vigilan los dos?

—Desde que yo se lo ordené.

—¿Y fué...?

—Cuando me dio la gana.

—Vaya... Está claro y preciso. Pareces molesto conmigo.

—No se te escapa una. Me conoces hace tiempo, y sabes que todo lo aguanto menos esta insoportable sensación de navegar entre espesas nieblas, creyendo ver luces que son espejismos. Desde la aparición de “Pañuelo Negro”, que no dudo es alguien allegado a nuestra familia, tú, en vez de facilitar las cosas, pareces divertirte en complicarlas. ¿No te daría igual jugar a los bolos, encanto?

—Estás agresivo, hidalgo. Empleas tu lenguaje de arraigadas costumbres y no el del apacible coronel Lezama.

—Te consentí que poniéndote el mundo por montera, te rieras de cuantos se te antojaran. Pero, en este condenado asunto de “Pañuelo Negro” quiero ver claro y pronto.

—Yo no quiero ocultarte nada.

—¿Sí? Veámoslo.

—Pero antes, si bien aprecio todos tus esfuerzos en lograr ser un decente y honesto cabeza de familia, debo también decirte que estamos degenerando. Antes... con pabellón libre vivíamos sin estorbos ni meticulosidades. Nos divertíamos y...

—Cesó la diversión, porque obligaciones tenemos. Nuestros hijos van a casarse... y lo harán, cuando quede descubierto quién es “Pañuelo Negro”.

—Pero... ¿no te parece injusto? Además, es casi ponernos a la altura de los corchetes.

—Ahorra comentarios. Al grano. Dijiste que no quieres ocultarme nada.

—¿Sabes quién es Frasco Zarzales?

—¿Y tú?

—Hombre, si estás reservón conmigo...

—No bucees, pretendiendo sonsacarme lo que sé, sino que desembucha lo que sabes.

—El caso es que ayer me apareció un sujeto simpático. Un sevillano enamorado de la hija del Virrey. Yo le facilité truco para que la damita se enamorara de él y le rajé la frente para darle más color al asunto. Y seguramente a estas horas andará ya cantándole las delicias del hogar. Es un muchacho cabal, de los que entran pocos en libra. Y si la hija del Virrey no le hace caso, es muy capaz de raptarla, cosa que apruebo plenamente, porque los golpes de audacia logran más resultado con la mujer que...

—Conozco tus baratas filosofías. ¿Y fué por similitud de granujería que ayudaste al Zarzales?

—Fué porque a cambio ha prometido revelarme quién es “Pañuelo Negro”, pero para no hacer mal uso de su revelación.

—¿Y qué entiendes por hacer mal uso de la revelación?

—Entregarlo al verdugo.

—Ya. Veo que es difícil meterte en la cabezota, que se acabaron los juegos y las nostalgias de otros tiempos. Quieras o no has de entrar en vereda, como lo he hecho yo, no por nosotros, sino por nuestros hijos. También yo a instantes siento morriña de los otros tiempos de libre pabellón... ¡y también a otros siento deseos de emprenderla a cañonazos contigo! No sé aún si es que estás loco y hay que encerrarte en jaula, colgándote un cencerro, o no tienes

remedio. ¡Maldito seas cien mil veces!

—Pero, ¿por qué?—inquirió Lucientes fingiendo asombro. Siempre había constituido una secreta diversión para él, las cóleras del Pirata Negro cuando él era objeto de ellas —¿Qué mal he hecho en facilitarle el terreno a un enamorado? Tu fama la adquiriste por hechos semejantes... Todo por el amor de los demás...

—Estupendo, genial — mascullo el Pirata Negro—. Para acabar de arreglar las cosas, ¿por qué no vas y raptas a la esposa del Virrey?

—No es mi tipo.

—¡Esto se ha acabado! No estoy dispuesto a tolerar en lo más mínimo que añadas más obstáculos a mi decidido propósito de apresar a "Pañuelo Negro".

—Supón que sea de tu familia... No lo entregarías al Virrey.

—Llegado el momento sabré lo que tengo que hacer. Pero por ahora lo que si sé es que no me das más que quebraderos de cabeza, que los que pretende ocasionarme ese galán de los negros trapos. Cuanto me has contado de Frasco Zarzales, lo sabía porque Juanelo y Lucio te vieron acompañarle anoche al parque del Virrey, cortarle la frente, y fingir perseguirle. Lo que ignoraba es que éste supiera quién es "Pañuelo Negro".

—Espero que no irrumpirás en un idilio tan sabrosamente romántico como el de la hija del Virrey.

—¡Para idilios estoy! Atiende, estudiante. Yo, en tu nombre, visitaré a Frasco Zarzales, y no me rechistes que sé lo que debo decir y hacer. Parece ser que quedas descartado como tal "Pañuelo Negro", aunque siga teniendo mis dudas, porque contigo nunca sé a qué carta quedarme. No me importa que puedan creer que soy yo. Lo que no quiero soportar por más tiempo, es que me supongan capaz de fingir desear un hogar apacible, valiéndome para saciar mis dormidos anhelos de aventura, de máscaras y disimulos. Desde que empecé a hablar siempre cuanto hice en voz alta lo proclamé. Cuando pirata, a mucho orgullo lo proclamé a los cuatro vientos. Ahora, con la misma claridad anuncio que quiero un hogar y paz. No enturbies tú, pues, las aguas mansas.

—Pero... Frasco Zarzales confía en mí...

—Con más razón confiará en mí.

—No pretende engañar a la hija del Virrey.

—Eso espero, porque por peor concepto que tengo de ti, no llego hasta suponerte capaz de tercerías en engaños a muchachas soñadoras. No como orden, sino como ruego de amistad, te pido que permanezcas ajeno a este asunto, hasta que yo haya hablado con Frasco Zarzales... ¡y ni soy corchete ni delator!

—Era inútil que aclararas este punto, hidalgo. En fin, creo que tienes, como siempre, razón. No me moveré de la bodega, hasta que te hayas entrevistado con Frasco Zarzales.

CAPITULO VIII

Las dificultadas del prosaico vivir...

Juana Pereña tenía la dulce inquietud de un nuevo amanecer pleno de zozobras en su existencia hasta entonces espectante de la gran ilusión.

La apuesta figura de Frasco Zarzales llenaba su alma. Era el Príncipe Azul, de hermosa arrogancia física y seductora aureola de caballeroso defensor de ultrajes.

Porque, segura de que el hombre que en su delirio tantas bellas palabras había sabido decirla, era “Pañuelo Negro”. Juana Pereña sabía ya que su voluntad estaba por completo esclavizada al dominio del romántico bandolero de verdes ojos fascinadores.

Pero, a las zozobras virginales del primer amor, uníanse en la hija del virrey, las menos dulces, de la evidente realidad.

¿Cómo podría unir su destino al de un hombre, fuera de la ley, acosado, y con la cabeza a precio?

¿Y si, pese a ser improbable, alguien entraba en el pabellón del parque, y ‘‘Pañuelo Negro" era apresado?

Debía cerciorarse de que nadie sospechaba la presencia en el pabellón del herido.

Y, como todas las mañanas, paseó por los jardines, hasta que no percibiendo nada anormal, penetró en el parque.

Poco después, abría la puerta, cuya sola llave ella poseía, y cerrándola tras sí, adosóse al marco de madera, ruborosa y desfallecida ante la acariciante mirada de los verdes ojos del que la suponía, según creía, doncella de la hija del virrey.

—Buenos días. He tardado, por mayor seguridad. Os traigo manjar y un cordial. ¿Vuestra frente os ha dado mala noche?—y hablaba precipitada mente, como temiendo y a la vez anhelando oír

palabras más esenciales, dichas con la voz masculina que era exactamente la misma que en sueños había oído.

Frasco Zarzales, mostró en abierta sonrisa, la blancura destellante de sus dientes.

—Mi frente sana quedó, gracias al bálsamo de tu bondad, Juana. Que ningún ser halló mejor curación que la que proporciona el hálito de un ángel hechicero.

Para Juana Pereña cuanto decía el audaz galanteador, tenía resonancias de eco ansiado.

Y el perspicaz andaluz, ducho lides amorosas, supo comprender que la voluntad de la hija del Virrey era ya por completo suya.

Avanzó y en flexible saludo, apoyó su frente en las dos manos que mantenía Juana cruzadas ante el regazo.

—Aguardé tu aparición, mujer de mis sueños, para comprobar que no fué alucinación cuanto esta noche sucedió. Ahora... con la muerte en el alma, debo partir.

—¿Por qué? — preguntó ella, en impulsiva exclamación.

—Si fuese hallado aquí escondido, tu suerte sería mi mayor tormento. Son las prosaicas dificultades del diario vivir, Juana adorada. Permíteme que así te califique, porque ocupas desde hace años, el altar que todo hombre erige en su corazón a la mujer presentida. Pero soy un hombre que al azar de los días, persigue la compensación de olvidar quimeras en la aventura del camino. ¿Qué puedo ofrecerte? Un castillo ilusorio, de almenas verdes, donde las ramas formen dosel, con torres de cariño y muros de alegría. Nada tengo... más que amor.

—Nada soy... si amor no tengo. No os marchéis...

—No puedo permanecer escondido. Mi pecho reclama libre aire. Déjame que siga mi senda solitaria.

—Ayer noche... dijisteis que yo era vuestra novia soñada.

—Lo eres. Pero ¿qué puedo ofrecerle?

—Amor.

—Soy un hombre sin fortuna ni hogar. Tú eres una mujer acostumbrada a un vivir reposado...

—Un vivir prosaico, en eterna espera... que ya no lo es, porque me amáis.

—Eres delicada, y tus manos son suaves, aterciopeladas. Tus ropas huelen a almizcle y espliego, y luce tu antebrazo pulseras de

oro.

—Os mentí. Yo no soy doncella de servidumbre. Tengo temor de deciros quien soy, porque os alejaríais de mí.

—Sí tú sabiendo que nada tengo y aventurero soy, no me rechazas ¿qué importa quien seas?..

—¡Soy la hija del Virrey! —confesó ella, con temor.

Dobló Zarzales la rodilla. Y alzó el rostro sonriente.

—Encumbrada está mi ilusión… un gusano de luz enamoróse de una estrella, y no se consideraba inferior, porque aunque alejados por la distancia de ambientes, ambos despedían luz. Luz de amor que nos une, Juana. Pero debemos afrontar las realidades del prosaico vivir, que intenta oponer sus dificultades a nuestra unión. He luchado por los ajenos amores… Por ti, por mí, y por nuestro amor, a todo estoy dispuesto. A la luz de los candelabros, ante todo el mundo, quiero presentarme al Virrey, y pedirle tu mano.

La expresión de repentino temor que plasmóse en los ingenuos rasgos de la soñadora, suscitó en Frasco Zarzales un ademán de sincera solemnidad.

—No proclamaré quién soy. Diré que en viaje por Nueva Granada, supe de tu hermosura, y sin mentir diré, que mi fortuna es mi espada que nunca se deshonró y mi lealtad que a prueba está.

—Mi padre… tiene un carácter recio… Os negará mi mano… Os tildará de aventurero.

—Y entonces, amada mía, tranquila mi conciencia, del Virrey te raptaré para ante el altar conducirte.

Ella, como asentimiento, dobló la cabeza mientras en sus manos el aventurero desgranaba besos encendidos de pasión.

Frasco Zarzales enderezóse para decir con orgullo:

—Títulos tengo, porque luché en tierras de Europa. Y capitán soy con encomiendas y citaciones. Que por doquier donde aventura hubo, allí acudí: Quiero presentarme al virrey.

—Esta noche, recepción da mi padre, a la cual todos pueden acudir. Es costumbre semanal que mi padre atienda personalmente y no en audiencia cuantas visitas quieran rendírsele.

—Esta noche acudiré, Juana. Vestiré ropas de sobria gala… y si el Virrey no consiente a mi petición…tranquila quedará mi conciencia cuando a la grupa de mi caballo sigamos bajo la ruta de las estrellas la senda de la felicidad. Hasta pronto, amada mía.

—¡Cuidad... que nada os suceda! ¡Moriría si no volvierais!

Pareció ella quedar en éxtasis, mientras el extraño aventurero, con felinos deslizamientos, atravesaba el parque, internándose en la maleza y desapareciendo.

Media hora después, Frasco Zarzales llegaba a la cima de una pequeña colina, donde un caserón ostentaba en su puerta un cartelón que balanceado por el aire, rezaba:

"ALBERGUE DEL VIAJERO"

En el interior de la tosca sala no había más que el posadero, y un hombre vuelto de espaldas.

Este, hablaba parsimoniosamente... y Frasco Zarzales, complacido, se detuvo para escuchar.

Acababa el hombre vuelto de espaldas de hacer una pausa, que aprovechó para desgranar delicadamente un racimo de uva que ante él tenía colocado sobre un negro pañuelo de encajes.

—Así es, mi buen Andresillo—continuó diciendo el desconocido, con voz pausada y acento exótico, en que las "erres" rodaban como redobles de tambor por su garganta—. Te parecerá quizás rimbombante, pero desde hace diez días, en que tienes el honor de albergarnos a mí y al genial y nunca bastante ponderado capitán Zarzales, tu mesón se ha convertido en palacio. Lo elegimos por solitario y tranquilo. Un gran honor, mi buen Andresillo. Y celebro que de tus ojos haya desaparecido todo temor. Queda en pie mi promesa... Serás rico si nos sirves fielmente. Morirás horriblemente, si hablas a nadie de lo que pueda antojársete poco claro en nuestra presencia. Necesitamos tu mesón, y tú necesitas vivir. Deja ya de mirar este pañuelo negro. Debes ya estar acostumbrado a verlo. Yo soy un caballero refinado, que detesta el polvo de un madero, y siempre empleo manteles. ¿Te conté lo que me sucedió en Lieja, populosa ciudad de mi patria natal? Creo que no. Hace diez años que ocurrió y aún lo comentan. Me invitó a cenar el burgomaestre. Todas las damas esperaban anhelantes mi llegada, y los principales señores aguardaban respetuosos que me sentara para que diera principio al festín. Y hete aquí que al entrar en el palacio del burgomaestre me cerraron el paso tres capitanes valones. Yo soy flamenco, y detesto los valones. Uno me rozó la capa, el otro, no se apartó a tiempo, y el tercero no me vió. Ante tamaña desconsideración, flameó al aire mi tizona. Les atravesé de una sola

estocada los tres chambergos… Acudieron una decena de oficiales, también valones. Seguí atravesando chambergos, mientras con la daga paraba las continuas estocadas de aquéllos, que aun siendo valones, reconozco eran magníficos espadachines. Trece estocadas mortales, y una sola daga para detenerlas. Pero, ¡ah, mi buen Andresillo! La daga era ésta que ves, con puño de perlas. ¡La daga de Gastón d’Arsonval! Acudían más oficiales, y yo, incesantemente atravesaba chambergos, obligando a aquellos valones a destocarse ante un flamenco legítimo y…

El que hablaba, volvióse también con pausado ademán, pero alerta. Era alto y corpulento, de castaños cabellos largos, rostro alargado y reflexivo donde la delgada boca y los ojos saltones eran los rasgos más peculiares.

Gastón d’Arsonval recogió de un tirón su pañuelo.

—Bienvenido, capitán Zarzales, pasemos a nuestra sala de meditaciones.

Subieron los dos hombres a la sala que con dos alcobas ocupaban a intervalos irregulares desde diez días, antes.

El mesonero, Andrés Cañizares, estaba ya firmemente convencido de que si Gastón d’Arsonval era un charlatán fanfarrón, también era un hombre decidido a todo. Y era generoso… No quería el mesonero saber más.

En la sala alta, y una vez sentados los dos hombres, continuó el belga diciendo:

—Como le narraba al buen Andresillo, eran ya dieciséis chambergos los que atravesaba mi espada mientras mi daga detenía estocada tras estocada, y sonaban ya las campanas del “tocsin” reclamando ayuda, porque los oficiales valones comprendían que necesitaban el auxilio de un batallón, para lograr que les devolviera sus chambergos…

La risa de Frasco Zarzales brotó lenta, aumentando en volumen. Pero reía con cariñosa entonación.

Gastón d´Arsonval alisóse unos instantes el mostacho y la rizosa perilla. Parecía extrañado…

Al cabo de un momento, seriamente especificó:

—Bien, capitán Zarzales. Acepto vuestra incredulidad. Reconozco, pero solo ante vos, que no es verdad eso del burgomaestre de Lieja. Pero, no me negaréis que era interesante. Y

ahora, ya aclarado este punto esencial, regresemos a la prosaica realidad del diario vivir.

—Esta máxima tuya la he empleado muy recientemente, Gastón.

—¿Conseguiste entrevistarte con la hija del Virrey?

—Me ama.

—No lo dudo. Te envidio tu fertilidad en el arte difícil de saber mentir sinceramente a la mujer.

—Juana es mi único amor, capitán D´Arsonval. No lo olvidéis. No le miento.

—Eso crees, Fraseo. Como yo tambien me creo las narraciones que cuento a quien se me pone al alcance. Hace cinco años que juntos viajamos, y en esos cinco años, te he conocido innumerables amores únicos No te reprocho nada. Eres sincero. Pero... este nuevo idilio lo has emprendido sin contar con “Pañuelo Negro". ¿Aprobará él tu idilio con la hija del Virrey?

—El pacto entre los tres es mutua amistad y comprensión. Cada uno respeta las manías de los otros dos. Si tu manía es narrar cosas que nunca sucedieron, no aludiendo nunca a las verdaderas hazañas que has realizado, en nada dificulta lo que se ha propuesto “Pañuelo Negro”. Si mi sed de ilusión me hace ver la mujer soñada... para luego con cruel castigo, devolverme a la realidad de que los sueños en eso se quedan, en nada dificulto lo que se propone “Pañuelo Negro”. Es un pacto de tres amantes del riesgo.

—Esta noche a las tres, debemos visitarle.

—Antes te necesito, Gastón.

—Aquí estoy.

—Esta noche en la recepción que da el virrey, quiero presentadme ante él, para pedirle la mano de su bella hija.

—Empresa ambiciosa. Siempre dije que las enamoras a ellas, pero padres, hermanos y allegados no te prestan el justo mérito que te pertenece.

—El virrey quizá pretenda expulsarme, llamando a sus lacayos.

—Es español y noble. Si tu lenguaje es comedido y cortés, con cortesía y mesura te despedirá. Si no fuera así, mi espada flameando al aire, contribuirá con la tuya a abrirnos paso. Que ante las prosaicas realidades del diario vivir ¡tú y yo representamos los libres mosqueteros de la genial aventura!

—La raptaré. Necesito que me esperes con dos caballos.

—“Pañuelo Negro” tributará galante acogida a la hija del virrey, pero quizá por vez primera tengamos una discusión.

—El rapto de la hija del virrey si lo atribuyen a “Pañuelo Negro” contribuirá a sembrar mayor desconcierto..

—¿Qué tal resultó Diego Lucientes? ¿Cómo nuestros informes parecen indicar?

—Un magnífico compañero que me gustaría unir a nuestra camaradería. Tal vez esta noche le veamos. Lo reconocerás por su característico aspecto. Como nosotros, ha encontrado el único camino que compensa del prosaico vivir diario; el camino de la aventura.

Capítulo IX

Reproches

Juana Pereña meditó largamente. Quería entrañablemente a su padre, aunque le tildara de incapaz de comprender las exquisiteces de un alma poética.

Y con cierta justicia admitía qua era imposible que el virrey diera su consentimiento a la petición de un desconocido.

Valióse, después de largas reflexiones, de una razonable mentira.

Supo ser mimosa, cuando hallando al virrey a solas en su despacho, llegóse a su lado, con aspecto en que mezclábanse por igual, dicha y zozobra.

—Tengo que pedirte perdón por mi comportamiento de esos últimos días, padre.

Renato Pereña, enlazó la esbelta cintura de su hija.

—Perdonada estás, querida, porque aunque no lo creas, yo me esfuerzo en comprender la complicada madeja que es un pensamiento de doncella romántica.

Sentóse ella sobre las rodillas del marqués.

—Era... amor, mis paseos solitarios. Era amor... mis llantos. Era amor, mis ensimismados silencios. Hace unos días conocí al Príncipe Azul. Me quiere, le quiero... y soy feliz...

El virrey no hizo el menor esfuerzo para manifestar su descontento.

—Te reprocho, querida, el haberlo ocultado. ¿Lo sabe tu madre?

—No.

—No es actitud de hija respetuosa. ¿Quién es él?

—Un valiente y leal capitán.

—Ah...— respiró, complacido y aprobatorio, el virrey—. ¿Del Tercer Tercio?

—No.

—¿De la escuadra del conde Ferblanc?

—No.

—Diantres... Espero que no será un capitancillo de regimiento sin lustre. ¿Cómo se llama?

—Frasco Zarzales.

—Nombre extraño. No creo recordarlo, y poseo buena memoria.

—No le conoces. Esta noche se presentará ante ti.

—¡De qué familia procede?

—No lo sé.

—¿Eh? Pero... ¿ignoras tan siquiera cuál es su cuna?

—Sevilla.

Hablo de su abolengo.

—No he parado mientes en tales minucias...

—¡Minucias!—barbotó, encolerizado, el virrey—, ¡Es increíble! ¡Mí propia hija considerando minucias el... el...! No quiero enojarme de antemano, querida. Deseo ser imparcial. Me reservo mi ulterior opinión para esta noche después que este... capitán Frasco Zarzales me haya hablado.

—Padre, quiero suplicarte que no atiendas más que a la voz del amor.

—¡Asaz atrevimiento es el que te soporto! ¡Vete a tu cuarto! ¡Esta noche se resolverá esto! Y no te negaré que considero extraña e improcedente la conducta de un caballero capitán, que te ha hablado sin mi consentimiento.

Juana Pereña hizo acopio de valor, para, distanciada de su padre, decir:

—Todos cuantos te conocen están de acuerdo en considerarte el más justiciero de los hombres.

—Trato de serlo.

—No te enfades, pues, si con todo respeto recalco que mamá y tú habéis sido y sois muy felices.

—¿Qué tiene que ver...?

—Mi abuelo se opuso primero a que te casaras con mamá, porque eras por entonces un simple capitán cuya sola fortuna era su leal y noble espada.

—Hay instantes, Juana, en que me das miedo. Tienes el seso atiborrado de lecturas, poesías y ensueños. ¡Es increíble! Casi

pareces reprocharme que, pese a la posición del padre de... ¡Diantres! ¡No estoy discutiendo mi boda, sino la tuya! ¡A tus habitaciones que esta noche sabré yo juzgar con ecuanimidad quién es tu Príncipe Azul! Obedece, querida, antes de que me enfurezca...

Al quedarse solo el marqués de Alvear, cruzóse de brazos, en gesto furibundo.

Y en voz alta, resumió su opinión:

—En mis tiempos, las hijas eran más dóciles y obedecían en todo a sus padres, porque éstos sólo quieren el bien de ellas.

Pero por su real imparcialidad, el virrey reflexionó un instante para mentalmente añadir:

—Lo cierto es que esa mocosa tiene razón. Yo me casé porque la que me ha hecho feliz logró convencer a su padre de que no era razonable su oposición.

Y al cabo de otro momento, añadió, en voz alta:

—¡Sí, pero yo era honrado y mis propósitos eran nobles! Veremos qué puntos calzas, capitán Zarzales.

Aquella noche, y cuando aun nadie había acudido a la recepción, el virrey recibió con agrado la visita de Mireya de Ferjus, convertida en gran amiga de su esposa.

Y se apartó para conversar unos instantes con el conde Ferblanc.

—¿Conocéis por azar a un capitán que responde al peregrino nombre de Frasco y al no menos curioso apellido de Zarzales?

—No tengo tal honor—mintió el Pirata Negro.

Deseaba hablar a solas con Juana Pereña. Era ardua la intención que le traía a palacio...

—Bien. Será algún viajero de paso. Y aunque salte a otro tema y no sea este momento para volver a importunaros, conde Ferblanc, debo insistir... ¿Tenéis algún barrunto de quién pueda ser “Pañuelo Negro”?

—Espero poderos complacer pronto, excelentísimo señor.

Confío en vos. Excusadme. Tengo que atender a los señores de Gardiazabal.

En los dos salones, iban ya transitando distintos visitantes. El Pirata Negro divisó a lo lejos la silueta de Juana Pereña.

Apresuró el paso, para llegar al pie de la escalera, cuando la hija del virrey terminaba de descender.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, conde.

Os agradecería infinitamente me concedierais unos instantes de privada conversación.

Aunque, sorprendida, Juana Pereña accedió gustosamente. Para ella, el antiguo pirata caballeroso que supo rendir el corazón de una marquesa era la viva imagen de la virilidad más absoluta.

—Si queréis podemos pasear por el Jardín. La noche es templada.

—Eso mismo iba a proponeros.

Ya en los umbrosos parajes floridos, el Pirata Negro esbozó una sonrisa medio burlona y medio afectuosa.

—Es muy difícil lo que me obliga a parecer un indiscreto. Difícil para explicar. Estamos solos, Juana. Permitidme la familiaridad. Yo, como padre, no deseo la menor pena para el señor virrey.

—No os entiendo.

—¿Tenéis inconveniente en que nos dirijamos a aquel pabellón del parque?

—Ninguno—replicó Juana, segura de sí misma.

—Ah... ¿Frasco Zarzales sintió remordimientos de abusar de vuestra bondad? ¿Partió para volver a cita secreta?

—No... sé... de qué me habláis...— musitó ella, con un hilo de voz.

—Niña. No veas en mí un indiscreto que pretenda inmiscuirme en los secretos de tu corazón. Sé que ayer noche Frasco Zarzales buscó refugio en aquel pabellón. Eres impresionable y soñadora. Hombre como el que recibió la generosa hospitalidad que le concediste, son a veces inconscientes autores de grandes daños. Despiertan la ilusión siempre anhelante de toda mujercita sin amor real y pueden matar en germen la más bella de las sensaciones.

—¡Yo... os prohíbo que sigáis hablándome de lo que no os incumbe!

—Esperaba tal respuesta, niña. No creas que estoy a placer... desempeñando un papel que puede parecerte odioso. Pero aun contra tu propia voluntad, aun a riesgo de ganarme tu antipatía, no quiero que un aventurero pueda...

—¡Cesad de importunarme, señor conde! Sólo mi padre tiene autoridad para hablarme como vos lo hacéis.

—Precisamente lo que quiero evitar es que tu padre, que es para

mí el señor virrey, tome cartas en el asunto.

—¿Con qué derecho os entrometéis en algo tan... íntimo? Si por medios impropios de vos supisteis de mi amor por el capitán Zarzales, aborrezco la actitud con la que ahora pretendéis entorpecer la realización de mis ilusiones.

—Es molesto para mí, decirte que oficialmente he prometido descubrir cuanto se relacione con "Pañuelo Negro". No mires en rededor, como gacela que presiente herida cruenta.

—¡Os odio!—murmuró ella, acongojada.

—Más preferiría confiaras en mí. Que supieras ver, que por haber sido quien fui, te hablo como lo estoy haciendo.

—Vos... siendo pirata... merecisteis el amor de Mireya de Ferjus. ¿Por qué el capitán Zarzales no puede ser mi esposo? A vuestra conciencia dejo lo que haya de suceder y si ahora os reprocho el mal que podéis hacerme, no quiera el cielo que os maldiga.

Y corriendo, alejóse Juana Pereña, ocultando el rostro entre las manos.

Carlos Lezama dirigióse al pabellón. Estaba la puerta abierta. Con precaución, entró. No había nadie.

Regresó a los salones del palacio. Iba detallando los rostros y aspectos de cuantos varones había.

No tuvo necesidad de saber su nombre, para instantáneamente darse cuenta de quién era el apuesto individuo, que sobriamente vestido con ropajes que por el cuero del tahalí, la pluma del chambergo destocado y la cocarda multicolor luciendo en el pecho del jubón ajustado, denotaban un capitán de armas sin emblema de actual ejercicio.

Los verdes ojos felinos, el andar ágil y decidido, la fortaleza corporal, el rizoso y crespo cabello corto y el arete de oro pendiente de la oreja izquierda, revelaban que Frasco Zarzales acababa de hacer acto de presencia.

El Pirata Negro anduvo tras el aventurero, llegando juntamente con él, ante el virrey, que en aquel momento separábase de un grupo.

La pluma del chambergo barrió el suelo, mientras su poseedor, inclinándose en rendida cortesía, presentábase:

—Con vuestra venia, excelentísimo señor, se presenta ante vos, Frasco Zarzales, en petición de consejo y asesoramiento.

Iba a retroceder Lezama, cuando el virrey, ceñudo, le invitó:

—No os retiréis, conde Ferblanc. Os ruego, señor — añadió, mirando a Zarzales—que nos acompañéis a mi despacho. Conocedor ya de la muy extraña índole de vuestra visita, prefiero que un testigo ecuánime e imparcial nos oiga a los dos.

Echó a andar el virrey con paso rápido y ante la puerta por la cual acababa de desaparecer, Franco Zarzales volvió a barrer el suelo con la pluma de su chambergo.

—Vos primero, señor conde, por años, categoría y porque me place teneros por testigo.

Saludó Lezama, que mentalmente calificó al sevillano de zalamero viril. Tanto la voz como la apostura de Frasco Zarzales, emanaban una repentina sensación de hombría franca.

Pero no era el virrey propenso a influencias más perceptibles para quien, como el Pirata Negro, sabia reconocer al posible pícaro de nobles intenciones e inconscientes impulsos perjudiciales.

Por eso, Renato Pereña abordó la situación con cierta rudeza:

—Mi hija me ha hablado de que os conoció hace unos días. Os ha dado título de capitán, y sólo sabe de vuestra familia y cuna, que en Sevilla nacisteis. Quiero haceros patente mi total repulsa y reproche por haberos permitido hablar a una doncella, sin el consentimiento de sus padres.

—Me acuso de tal desacato a vuestra autoridad paternal. Y sólo puedo ampararme en la indominable fuerza de un amor que...

—¡Cuidad lo que decís, señor! — atajó, severamente, el virrey—. Bien está que una doncella soñadora hable de razones sin fundamento sólido como son las que en amores súbitos se basan. Vos sois hombre ya crecido y quiero creer que caballero. Hablad, pues, como me pertenece escucharos. ¿De dónde venís?

—De Europa llegué hace quince días.

—¿Vuestro oficio?

—Muchos y ninguno.

—No es respuesta.

—Quiero ser, como acostumbro, sincero hasta la temeridad.

—¿Sois o no capitán?

—Como tal luché en Cataluña, en Francia y en los principados alemanes. Desdeñé rapiñas y fortunas. Busqué tan sólo, acudir donde eran menos contra más. Fui también capitán de velero

italiano. Y a esta costa llegué, con bártulos de buhonero, porque el viajar instruye y no hay oficio que denigre si con nobleza se ostenta.

Renato Pereña, marqués de Alvear y virrey de Nueva Granada, no pudo reprimir una mueca de desdén.

—¿El arete que cuelga de vuestra oreja es prenda digna de quien habla de amores a la hija de un virrey?

—Perdonad señor — dijo Zarzales, sonriendo abiertamente—, pero creo recordar que entre nosotros, hombres, no debemos citar la palabra tan bonita, que sólo está en su estuche entre los rojos labios de una dama. Si hablé de amores a vuestra hija, ahora a vos, como padre, os hablo de mí, tal como soy, sin adornarme ni rebajarme. El arete que luzco, es símbolo de amor de hombre a todo lo que es hermoso: un caballo, un velero, un águila...

—Abreviemos—atajó el virrey—. Me pedisteis consejo y asesoramiento Dispuesto estoy a dároslo.

—Aspiro a la mano de vuestra hija.

—No me equivoco al juzgaros aventurero.

—Lo soy, si aventurero es el que ante el prosaico vivir diario, expone un corazón limpio de doblez.

—Mi hija no recibió crianza para ser esposa de un aventurero y agradeced que no sea más destemplado ¿Pues qué, señor? ¿Imagináis que cualquier recién llegado puede anunciar tranquilamente su ambición de esposar a la hija de un virrey?

—Recién llegado soy, pero mañana puedo ser capitán de vuestra infantería.

—Regresad, entonces.

—Los corazones son impacientes, excelentísimo señor.

—Modero yo mi impaciencia que no os ha acusado de pretender esposa ricamente dotada.

—Os lo agradezco. Tal mezquindad no sería digna ni de vos ni de mí. ¿No lo juzgáis así, señor conde?

Carlos Lezama, secretamente reconocía en Frasco Zarzales un desparpajo inconcebible. Y casi sentía simpatía por el misterioso sujeto, que había confesado a Diego Lucientes conocer la personalidad de “Pañuelo Negro”.

—Me abstengo — replicó—. Por la sencilla razón de que entre las sesudas afirmaciones de un padre, que apoyo, y las sinceridades

de un desconocido, sólo el tiempo en el porvenir puede decir la última palabra.

—Así es—aprobó el virrey— mi consejo, señor capitán de fortuna: demostrad que sois digno de merecer lo que pedís. Dejad que el tiempo consolide la inclinación de mi hija hacia vos. Y cuando el porvenir os haga más conocido, volved a solicitar mi asesoramiento. Eso es todo, por ahora. Hago una salvedad: mi hija no os verá, hasta que yo dé mi aprobación.

—Vos mandáis, excelentísimo señor.—Y de nuevo la pluma del chambergo barrió el suelo—. Me retiro.

—Con la venia, excelentísimo—solicitó Lezama—. Quisiera acompañar al capitán Zarzales

—Gustoso — accedió el virrey—. Buenas noches.

Fuera del despacho, Frasco Zarzales se acarició el arete. Sus verdes ojos posáronse sonrientes en el serio semblante de Lezama.

—Mucho honor el que me hacéis, conde Ferblanc. En otra ocasión, celebraría la grata oportunidad de una charla con quien tanta fama merecida supo ganar.

—Os fui impuesto como testigo. Tolerad una nueva imposición, que en nombre de Juana Pereña, os ruego.

—Un ruego a través de mi adorada, es orden.

—¿Os parece bien el pabellón del parque?

—De perlas, si vos me conducís al citado lugar. Desconozco la topografía de esta mansión y sus aledaños.

Guardó Lezama silencio, hasta que estuvieron ambos en el interior del pabellón, donde en la penumbra divisábanse las velas, que encendió Lezama.

—Hermoso pabellón—comentó Zarzales.

—Pudo serlo para una soñadora muchacha. Dijisteis ante el virrey, que ni tenéis doblez ni escaseáis de temeraria sinceridad.

—Depende—sonrió el sevillano.

—Eso compruebo. ¿Tomaréis a mal que me coloque así en la puerta?

—Nada tomo a mal, mientras mal no me quieran.

—Percibiréis, sin gran esfuerzo, que cierro el paso.

—Un parque desierto, un pabellón solitario, una vela perfumada, dos hombres con espada... Me place.

—He hablado con la hija del virrey. Marchóse llorando,

gritándome odio...

Un fulgor brillante encendió las felinas pupilas de Zarzales.

—Llorar y odiar es debilidad femenina, señor conde. Yo río y mato a quien, sin causa justificada, hace llorar a una mujer.

—Me sois simpático, Frasco Zarzales. Comprendo por qué Diego Lucientes os ayudó... No penséis mal. Diego Lucientes nada sabe de esta entrevista. Le puse avezados espías y os oyeron conversar. Demoré mi intromisión, porque yo también soy de los que riendo matan al que hace llorar a una mujer.

—Yo aporté luz y alegría a la hija del virrey.

—Ayer noche... ¿Mañana? Llorará ella sus perdidas ilusiones. Pero no os entretengo para hablar de la hija del virrey. Vos sabéis quién es “Pañuelo Negro”. No mentaré edictos ni penalidades, porque lleváis un arete de oro y proclamáis nobleza de espíritu. Es mi obligación saber quién es “Pañuelo Negro”.

—¿Porque sois el coronel.Lezama?

—Porque, ante todo “Pañuelo Negro” se tomó una libertad que no consiento. Hirió humillando a un oficial que conmigo tenía querella. Marca con tres trazos que se leen “F”. El rumor habla de Ferblanc. Veis que tengo derecho a preguntaros quién es “Pañuelo Negro”.

—El mismo que tengo a negarme a satisfacer vuestro justo requerimiento.

—Lamentaría desarmaros, y más aun exigir lo que ahora ruego.

—Un ruego del león plateado, sería para mí atendido, si yo mismo fuera “Pañuelo Negro”. Pero es un secreto que sólo pertenece al propio enmascarado.

—Hacéis difícil lo que de por sí nada sencillo es.

—En su día, “Pañuelo Negro” tendrá el gran orgullo de deciros quién es...

—Afirmasteis que era familiar mío.

—Lo que afirmo, sostengo.

—¿Mi hijo Cheij?

—La noche se desliza huyendo hacia la madrugada, señor conde. ¿Me dejáis paso?

—No.

—Es lástima y, a la vez, me agrada, señor conde—dijo sonriente Frasco Zarzales desenvainando—. Os reputan ser invencible con el

acero. Cuantos me conocieron en este inigualable donde la espada pregunta y la adversaria responde, me reputaron invencible. Existe, pues entre nosotros, una cuestión a dirimir. ¿Sois vos el que puede vencerme? ¿Soy yo el que puede enorgullecerse de haberos devuelto la caída espada?

—Nunca, joven presuntuoso, nadie me desarmó.

—Tampoco a mí.

El Pirata Negro desenvainó. Frasco Zarzales apartó la mesa empujándola con ambas manos, mantenida la espada bajo el sobaco.

Cuando dió frente al que cerraba el acceso a la puerta, ondeó en saludo su tizona.

Beso Lezama la hoja de su espada en réplica cortés.

—Dicen los franceses que sólo los hombres enteros saben matarse con cortesía. ¿A muerte, señor conde?

—¿Vos lo deseáis?

—No. Porque “Pañuelo Negro” es mi mejor amigo.

—Tampoco deseo mataros. Quiero rebajar la presunción con que pensáis que vos podéis desarmarme. Después... ya pensaré en el método necesario para que consintáis en revelarme quién es “Pañuelo Negro”. ¿En guardia, amigo?

—No la tengo. Aprendí a los doce años, la táctica de un testaferro teutón que espada baja, aguardaba el ataque.

—No ataco si no me atacan—dijo ceñudo. Lezama—. ¿O es que pretendéis darme lecciones?

—Bien lejos estoy de tal vanidad. Atacaré... ya que me concedéis el honor de entablar el mejor de los diálogos.

La primera fase del duelo, fué cautelosa. En Zarzales, porque sabía quién era como espadachín el Pirata Negro, y en Lezama, porque sus triunfos debíanse a que nunca menospreció a sus adversarios.

En los dos rostros alentaba una expresión de satisfecha diversión, que sólo los espadachines celosos de su renombre, hubieran sabido interpretar adecuadamente.

Pero también ambos tenían un propósito: desarmar el enemigo acero, y de no lograrlo, herir...

Era férrea y flexible la muñeca del sevillano. Sus ágiles fintas tenían extrema peligrosidad.

Los dos contendientes no movían los tacones. Unicamente los bustos y las muñecas ayudaban al tanteo preliminar.

Y Carlos Lezama reconoció que se hallaba ante una espada de calidad máxima. Pasó a forzar la trabazón, alternando las fintas altas con los punterazos a media altura...

En la frente de Zarzales, donde la amistosa herida de Diego Lucientes cicatrizaba, unas gotas de sudor fueron redondeándose.

Y, de pronto, el Pirata Negro palideció furioso... mientras Zarzales, saltando hacia atrás, dilataba los ojos asombrado.

Entre los dos omoplatos de Carlos Lezama, el cañón de una pistola acababa de aplicarse y una voz femenina, quebrada por temblores, exigía:

—¡Al suelo vuestras armas, conde Ferblanc! ¡Os lo imploro! ¡No os opongáis! Huid, capitán Zarzales.

—Aplacemos esta pendiente discusión conde Ferblanc. Vos y yo, nos inclinamos ante la inquietud de una dama. Tenéis mi palabra de que antes de una semana os visitaré y continuaremos esta conversación,

Carlos Lezama ladeó el rostro, aunque la voz habíale ya identificado a la intrusa.

—Es traición ofender a vuestro padre Juana Pereña, viendo al hombre que...

—Dispararé si no os encamináis al fondo del pabellón—dijo ella, con entonación nerviosa.

Frasco Zarzales rió.

—Perdonadla, señor conde. Es mujer y me adora. Cree que estoy en peligro. No puedo desarmarla. Os daré cumplida satisfacción antes de que transcurran siete días. Palabra de Frasco Zarzales.

El Pirata Negro, cruzado de brazos, echó a andar. Su cinto y su espada yacían en el suelo. Volvióse para contemplar a la pareja, donde la mujer apuntaba hacia él, con pistola poco firme.

—Pensad bien la imprudencia que os disponéis a cometer, Juana Pereña—dijo, hoscamente Lezama—. Cedo, porque no quiero ser responsable de que la hija de un virrey apriete un gatillo, como cualquier doncella alocada. Vuestra sonrisa ¿qué significa, Zarzales?

—Benevolencia hacia Eva, señor conde. Respetemos sus voluntades. Es pueril luchar contra ellas.

—Vos pensad por ella, Zarzales. Un rapto... hará que sea

execrado el nombre de “Pañuelo Negro”.

—Claro quedará que yo, Frasco Zarzales, por amor, desafío al mundo. No es la hija del virrey la que me sigue voluntariamente. ¡Es mi amor!

Con rápida acción, Frasco Zarzales levantó en vilo con un brazo a la hija del virrey y saltando hacia atrás cerró la puerta.

El Pirata Negro abalanzóse hacia adelante. Cuando logró descerrajar los goznes, el parque desierto aparecía silencioso.

Y los redobles de un galopar triple habíanse extinguido.

Carlos Lezama pareció invocar la lejana silueta de la montañosa comarca que perfilándose contra el azulado negror, circundaba la ciudad virreinal de Latacunga.

—¡Seas quien seas, y valgan lo que valgan tus cómplices, me has de pagar esa afrenta, “Pañuelo Negro”!

Capítulo X

Los tres en uno

La hija del virrey vivía momentos de intensa emoción, desde que, apoyando una pistola en la espalda del duelista que ponía en peligro la existencia de su Príncipe Azul, creyó volar levantada en vilo por el abrazo de Frasco Zarzales, para en rauda carrera, hallarse a lomos de un caballo cuyas riendas sostenía desde otro, un corpulento jinete de castaños cabellos y arrogante mostacho complementado por perilla puntiaguda.

Y el cabalgar, abrazada por el hombre que sonreía con luz de verdes pupilas amantes, aumentó la intensidad placentera de la hija del virrey.

Imaginó a instantes, la figura perseguidora del conde Ferblanc, espada en alto, al frente del escuadrón.

Creyó oír disparos y ruido de cascos lanzados a galope desenfrenado.

Pero media hora después, los dos caballos pusiéronse al trote y Frasco Zarzales señaló con el mentón al otro jinete.

—El mejor amigo, Juana. El capitán Gastón d’Arsonval.

—Beso vuestras manos, señorita— clamó el belga, rodando las “erres”.

—¿Dónde vamos? — inquirió ella, incoherentemente.

—Donde nadie puede llegar. El capitán d’Arsonval se ha adelantado, porque su caballo abrirá paso por el movedizo suelo arenoso que es traidor y deglute vorazmente.

—¡Las arenas movedizas!—exclamó ella inquieta.

—El capitán d’Arsonval las conoce como su propia figura. Y estás conmigo, amor mío. Brillan lágrimas en tus ojos.

—La pena que causo a mis padres, es la prueba de mi amor sin

límites, Francisco.

—Sonríe, que nuestro amor todo lo vencerá.

Los dos caballos al paso, uno tras otro, desfilaban por una desierta comarca, abierta entre grandes barrancadas. El suelo era grisáceo…

De pronto, pareció que Gastón d'Arsonval y su montura hundiéranse en la voraz arena húmeda y pantanosa.

Ella nada vió, porque sólo miraba a Frasco Zarzales. Y cuando percibió la tibia caricia de un subterráneo, la luz de unas antorchas y las cóncavas paredes de una gruta oblonga y que semejaba interminable, estaba ya de pie en el suelo rocoso, mantenido el talle por el duro brazo del sevillano..

La figura de Gastón d'Arsonval, llevando de la brida los dos caballos, esfumóse a lo lejos.

Frasco Zarzales señaló, al poco de andar, un espacio abierto a su diestra.

Era una concavidad que rutilaba de damasco rojo, tela que en tapices, colgaduras y alfombras cubría la roca abierta en hondonada de unos tres metros de diámetro.

Un amplio lecho cubierto de pieles, estaba al fondo. Una mesita y un escabel, aparecían en primer término. Resinosas teas desparramaban luz.

—Mi refugio, Juana.

—Nuestro refugio.

—Nadie ha llegado ni llegará hasta aquí. Tiéndete y reposa, cariño. Volveré pronto.

—¡No me dejes sola!

—Tu docilidad me es necesaria, Juana mía. Debo acudir a una cita con mi segundo amigo. Tres en uno nos reunimos aquí. Eso es, amor. Reposa, que pronto volveré. Déjame besar tus párpados, y sueña que la realidad de nuestros sueños nos hace estar para siempre reunidos.

Ella, dócilmente, fatigada, tendiose y Frasco Zarzales abandonó la cueva, para seguir andando gruta adelante.

Oyó la voz de Gastón d'Arsonval y otra opaca contestar.

Al final del oblongo pasadizo, ensanchábase la hasta entonces estrecha senda subterránea. Otra cueva abierta a la derecha, mostraba vivos colores rojos…

Y tras una mesa, una figura revestida de negros y flotantes ropajes, y envuelta la cabeza por tupido pañuelo de encajes negros, producía una escalofriante impresión.

Pero tanto el belga como Frasco Zarzales, ocupando sendos escabeles ante la mesa del enmascarado, tenían el aspecto de considerar muy natural la figura negra.

—Tres en uno — saludó Zarzales, sentándose.

—Una mujer os acompañaba, capitán Zarzales—dijo el enmascarado, y los encajes moviéronse a flor de labios.

—Mi amor.

—¿Quién es?

—La hija del virrey para todos. Para nosotros, mi futura esposa. Juana que era Pereña y será Zarzales. Os interesará, oír mi reciente aventura.

Y el sevillano relató su entrevista con Diego Lucientes su fingimiento con Juana Pereña, y su visita al virrey para detallar más minuciosamente lo ocurrido en el pabellón con el Pirata Negro.

La voz opaca de "Pañuelo Negro", habló, con estudiada lentitud:

—Un día ya lejano, hicimos pacto de amistad, amigos míos. Supisteis comprender mi rencor especial. Supisteis aprobar mi deseo de que los negros encajes, adquirieran fama. Con desinterés generoso, fuisteis mis aliados en esta gran aventura. Nunca surgirá entro nosotros roce ni querella, Encubierto y enmascarado me honro en ser como vosotros, capitán de fortuna, que así llamasteis vos, cuando nos conocimos, capitán d'Arsonval, a los que desprecian bienes y homenajes, buscando sólo la fortuna de saciar sus impulsos aventureros. Vosotros lo sois por arraigo de años azarosos. Yo, por juramento que hice. Es mi deseo, que el conde Ferblanc llegue a pensar en "Pañuelo Negro" como en pesadilla o en invisible fantasma inapresable. También que si un día, cuando, yo lo decida, sabe quién soy, nada pueda reprocharme desde su especial código del honor. Corremos constante riesgo. ¿Os ofenderéis, capitán Zarzales si os manifiesto que a los riesgos agradables que enardecen la sangre con artística sensación única, acabáis de añadir un riesgo que quisiera evitar? El rapto de una doncella, puede serme el día de mañana reprochado. No me digáis que vos asumís la responsabilidad. Y que el conde Ferblanc así lo sabe. Pensad que ella no podrá salir de aquí.

—Lo acepta.

—Nunca... hasta que cese de existir "Pañuelo Negro” y recupere yo mi verdadera personalidad. Que no podrá verme. Que por eso revisto mis ropas de aventura. Os veo ansioso de hablar, capitán d’Arsonval.

—¡Sí! Yo sé que el capitán Zarzales reconocerá la realidad de cuanto expongo: pasarán los días. Ella puede cansarse de este encierro. Vos, capitán Zarzales, podéis sacrificar ese amor pasajero, ese impulso momentáneo...

—¡Un amor eterno y único! ¡Un impulso forjado en larga espera! ¡Juana es la soñada!

—Un sueño realizado es una realidad monótona — sentenció Gastón d’Arsonval—. Pensad hasta el amanecer, capitán Zarzales. Dejad que ella duerma soñando. Y sed sublime. No permitáis que despierte día tras día a una realidad monótona, de un prosaico vivir. Invoco mi amistad, invoco la excelsa magnitud de nuestra unión de tres en uno... Meditad, capitán Zarzales. Y, por encima de todo, recordad... Vos mismo un día dijisteis que destrozar las ilusiones de mocita soñadora es crimen que a diario cometen inconscientemente honestos sujetos... ¡pero nunca un capitán de fortuna! Nuestra fortuna es la aventura siempre renovada, con alegría, porque tras nosotros no queda amargura. Reflexionad, capitán Zarzales. Sé que es un sacrificio... No obstante, si os pareciera excesivo, no insistiremos.

—No insistiremos —aprobó “Pañuelo Negro”.

Levantóse Frasco Zarzales, brillantes los verdes ojos.

—¡La quiero! ¡Será mi esposa!... Pero sabréis perdonarme. Tres en uno, ¡siempre!

Y salió de la cueva, con paso agitado.

Gastón d’Arsonval atusóse la perilla y el mostacho.

—Hasta el amanecer, quedan horas largas. Y felizmente, nosotros, los geniales, tenemos ribetes de locura, pero nos detenemos al borde de los abismos del vulgar e infinito montón de mezquindades a que obliga el prosaico vivir. Somos y siempre seremos capitanes de fortuna.

PROXIMO EPISODIO:
“CAPITANES DE FORTUNA”

Gráficas Bruguera - Proyecto, 2- Barcelona - Es propiedad. Reservados los derechos.

Notas

[1] Ver Los tres espadachines< <

[2] Véase *Los Cuervos* < <

[3] Véase *“Pañuelo Negro”*< <